Derecho y pastoral en la Iglesia

Fernando Retamal

En los últimos años numerosos y autorizados estudios han abordado el tema que ahora nos ocupa¹. Al iniciar nuestra reflexión creemos de justicia rendir un homenaje a sus autores, muchos de ellos de reconocida trayectoria en la canónica que, desde diversas perspectivas, han enriquecido la visión del problema y aportado fundamentales elementos para su clarificación.

En la rica variedad de esos estudios, nos han aparecido desde luego algunas líneas que cada vez más van siendo comunes en la consideración del tema: —Una visión unitaria del problema. Tanto el Derecho Canónico como la Pastoral son presentados como dos dimensiones del misterio de la Iglesia: su relación y eventual interdependencia no se explican sino al interior de aquél. No parece posible ya, al menos en los escritos recientes de los mejores canonistas, aquella distinción siempre dudosa para el sentir

1. La lista que pretendiera ser exhaustiva acaso no logre su objeto. En época reciente, baste mencionar a manera de ejemplo: CH. MUNIER, *Droit canon et pastorale*, «Annales de Droit», 27 (1967), pp. 197-211; L. DE ECHEVERRÍA, *Droit canonique, pastorale et organisation ecclésiastique*, «L'Année canonique», 13 (1969), pp. 79-91; J. A. MARQUES, *El concepto de Pastor y función pastoral en el Vaticano II*, «Ius Canonicum», XIII (1973), n. 26, pp. 13-69; J. M.^a GONZÁLEZ DEL VALLE, *Jerarquía eclesiástica y autonomía pastoral*, «Ius Canonicum», XIII (1973), n. 26, pp. 73-102; P. J. VILADRICH, *Derecho y pastoral. La justicia y la función del Derecho canónico en la edificación de la Iglesia*, «Ius Canonicum», XIII (1973), n. 26, pp. 171-256; G. DELGADO DEL RÍO, *Unidad y coordinación en el Gobierno diocesano*, «Theologica», 8 (1973), pp. 1-62; VARIOS, *Panorama actual do Direito canonico*, «Theologica», 7 (1972), pp. 1-35; A. DEL PORTILLO, *Dinamicidad y funcionalidad de las estructuras pastorales*, «Ius Canonicum» IX (1969), pp. 305-329; M. USEROS, *El régimen pastoral del Obispo en la comunidad diocesana*, «Revista española de Derecho canónico», 25 (1970), pp. 5-38.

El tema ha sido abordado además en multitud de estudios acerca de la Ley Fundamental, de la reforma del Código de Derecho Canónico, de la Organización eclesiástica, etc., desde la perspectiva propia del tema central de dichos estudios. Habría que mencionar también el *Directorium de pastorali ministerio Episcoporum*, publicado en 1973 por la S. Congregación para los Obispos, y los Congresos que sobre esta materia han venido celebrándose en Nápoles, con el alto patrocinio de la revista «Monitor Ecclesiasticus» en la que es posible seguir sus planteamientos.

católico, entre la “Iglesia del Espíritu” o “de la caridad” e “Iglesia jurídica”, y los textos de la “Mystici Corporis”², reafirmada y ampliada por el Magisterio solemne del Vaticano II, especialmente en “Lumen Gentium”, ya son clásicos en este punto. Para el Derecho Canónico el carácter de “ciencia sagrada” es un postulado asimismo pacíficamente admitido en los canonistas al par que el de su condición de ciencia jurídica, aun cuando para más de un civilista la juridicidad del ordenamiento canónico sigue siendo tema controvertido.

Nuestra reflexión se inscribe, pues, en el amplio marco del camino trazado y se beneficia de las luces de quienes nos han precedido.

I. EL DERECHO CANÓNICO Y LA PASTORAL SON CIENCIAS TEOLÓGICAS.

1. *El Derecho Canónico.*

Si bien en la pasada centuria se asistió a la progresiva desacralización del Derecho de los Estados, los tratadistas, incluso no cristianos, han debido reconocer que la “regla del derecho es hija de la religión”: “Les droits antiques cunéiformes, égyptiens ou hébraïques, sont tous des droits issus de la religion, soit que la loi soit directement rélévée par la divinité (droit hébraïque); soit qu’elle émane du pouvoir lui-même divinisé, ou d’autorités sacerdotales (droit égyptien, droit babylonien). Le droit de la Cité antique grecque ou romaine tire ses sources des rites primitifs et du culte des ancêtres qui tenait lieu alors de religion. L’idée religieuse a été, chez les anciens, le souffle inspirateur et organisateur de la Société... en temps de paix et de guerre, la religion intervenait dans tous les actes (...) Elle gouvernait l’être humain avec une autorité si absolue qu’il ne restait rien qui fût en dehors d’elle”³.

Otro tanto habría que concluir si, dejando el mundo mediterráneo, nos internamos a incursionar en los derechos de Asia sudoriental y del Extremo Oriente: los ritos, prescripciones, normas de las relaciones sociales, encuentran siempre su fuente en el hinduismo, en el budismo, en el confucionismo o en el taoísmo, y en textos de carácter sacro.

La tradición cristiana siempre reiteró hasta hoy día el carácter trascendente de los fundamentos de la vida en sociedad, en Dios autor de la naturaleza humana y en la dimensión de justicia, que deriva y debe reflejar

2. A.A.S. 35 (1943), p. 224.

3. G. CORM, *Contribution à l’étude des sociétés multi-confessionnelles* (París 1971), p. 5.

al derecho divino. De ello es buena muestra el Magisterio del Vaticano II y de los últimos Pontífices.

En la Iglesia, por lo que toca a su propio derecho, si bien suele señalarse a GRACIANO como el comienzo de la diferenciación explícita entre la dogmática y la canonística y la progresiva incorporación de ésta en una “*theologia practica*”, siempre hubo una relación más o menos consciente a la teología, al menos en lo tocante a la fundamentación de la potestad jurisdiccional de la Iglesia, al orden de los sacramentos, al derecho divino. El abad PANORMITANO resume en su conocido pensamiento un sentir generalizado: “*Theologia et ius canonicum fraternizant... quia scientia canonica est pars divinae*”⁴.

En los tiempos modernos, justamente cuando el positivismo jurídico triunfaba indiscutiblemente en los ordenamientos civiles, el P. WERNZ escribía: “*Quamvis ius ecclesiasticum distinguendum sit a theologia theoretica vel dogmatica aliisque particularibus disciplinis theologicis, tamen nequaquam ut disciplina quaedam mere iuridica ab universo theologico systemate est separanda et disputationibus iuristarum tamquam scientia quaedam neutra relinquenda. Nam ius canonicum cum theologia morali constituit partem principalem theologiae practicae*”⁵.

4. *Commentaria in III librum Decretalium*, tit. «Ne clerici», c. 9.

5. *Ius Decretalium*³, I (Romae 1913), n. 52, nota 56. Sobre el pensamiento reciente de los canonistas en este punto, puede verse, entre otros: B. GANGOTTI, *Introductio in Theologiam Iuris Canonici*, «*Angelicum*», 47 (1970), pp. 456-502; G. FRANSEN, *Derecho Canónico y Teología*, «*Revista española de Derecho canónico*», 20 (1965), pp. 37-46; T. JIMÉNEZ URRESTI, *Derecho Canónico y Teología. Dos ciencias diversas*, «*Concilium*», 28 (1967), pp. 203-212 (con abundante bibliografía); L. VELA, *El Derecho Canónico como disciplina teológica*, «*Gregorianum*», 51 (1969), pp. 719-756; L. ORSY, *Toward a theological conception of Canon Law*, «*The Jurist*», 24 (1964), pp. 383 ss; J. T. FINNEGAN, *The teaching of Canon Law in the Seminary*, «*The Jurist*», 27 (1967), pp. 350-364; M. CABREROS, *Valor teológico del Derecho Canónico*, «*Revista española de Derecho canónico*», 26 (1971), pp. 89-105; L. DE ECHEVERRÍA, *Teología del Derecho Canónico*, «*Concilium*», 28 (1967), pp. 193-202; A. DE LA HERA, *A' la recherche d'un fondement théologique du Droit canonique*, «*L'Année canonique*», 12 (1968), pp. 49-58; T. JIMÉNEZ URRESTI, *Ciencia y Teología del Derecho Canónico o la lógica jurídica y la lógica teológica*, «*Lumen*», 8 (1959), pp. 140-155; R. BIDAGOR, *Theologia et Ius canonicum*, «*Acta Conventus Internationalis Canonistarum*» (Roma 1970), pp. 5-14; J. CALVO OTERO, *Aspectus methodologici rationum Theologiam inter et Ius Canonicum*, «*Acta Conventus Internationalis Canonistarum*» (Roma 1970), pp. 15-19; J. D'ERCOLE, *Canones, Scriptura, Traditio*, «*Acta Conventus Internationalis Canonistarum*» (Roma 1970), pp. 20-38; A. DE SOUSA COSTA, *Theologia et Ius Canonicum iuxta canonistam Alvarum Pelagii*, «*Acta Conventus Internationalis Canonistarum*» (Roma 1970), pp. 39-50; D. COMPOSTA, *Teologia e Legge Canonica*, «*Apollinaris*», 45 (1972), pp. 403-453; ID., *Prospettive per una Teologia del Diritto*, «*Salesianum*», 29 (1967), pp. 28-69; G. BALDANZA, *Natura e fine del Diritto Canonico dopo il Concilio Vaticano II*, «*Monitor Ecclesiasticus*», 94 (1969), pp. 201-215; una amplia visión del tema presenta A. DE LA HERA, *Introducción a la ciencia del Derecho Canónico* (Madrid 1967), pp. 25-76.

La Santa Sede, en los documentos normativos de los últimos tiempos referentes al tema, siempre reconoció el carácter de “ciencia sagrada” al Derecho de la Iglesia⁶; asimismo el canon 1365, § 2 que lo establece como una disciplina obligatoria en la formación teológica integral de los clérigos, no hace sino reflejar un sentir generalizado y admitido tradicionalmente.

El actual Pontífice Pablo VI, en sus numerosas alocuciones sobre el Derecho Canónico, ha aludido frecuentemente a su carácter teológico, ya sea por razón de las fuentes, que le dan inmutabilidad en los elementos que proceden del Derecho divino⁷, ya sea por la renovada doctrina del Vaticano II acerca de la Iglesia, lo que ha obligado a los canonistas “a ricercare più profondamente nella Sacra Scrittura e nella Teologia le ragioni della propria dottrina”⁸, por cuanto la ley canónica deriva de la esencia misma de la Iglesia⁹. Esto ha de implicar nuevas características en la ley

6. El Papa León XIII, gran restaurador de los estudios sagrados, destacaba el carácter del Derecho Canónico, acorde con la perspectiva de la época: «... para acabar el ciclo de los estudios con que los candidatos al sacerdocio deben prepararse para su futuro ministerio, es menester mencionar el Derecho Canónico, o ciencia de las leyes y de la jurisprudencia de la Iglesia. Esta ciencia está ligada con lazos muy íntimos y muy lógicos con la de la Teología, y hace conocer sus aplicaciones prácticas a todo lo que concierne al gobierno de la Iglesia, a la dispensación de las cosas santas, a los derechos y deberes temporales de sus ministros, y al uso de los bienes temporales, de los cuales necesita para el cumplimiento de su misión. «Con la sólida ciencia de las disciplinas teológicas —decían muy bien los Padres de uno de vuestros Concilios Provinciales— debe conjugarse el conocimiento de los sagrados Cánones... Sin el cual la teología quedará imperfecta y como manca; y no pocos errores acerca de los derechos de los Romanos Pontífices y de los obispos, en especial acerca de la potestad que la Iglesia, acomodándose a la variedad de los tiempos, ejerció por derecho propio, se introducirán quizá subrepticamente para tomar paulatinamente cuerpo (Conc. prov. Bitur., a. 1868)», Enc. *Depuis le jour*, 8. IX. 1899; A.S.S. 32 (1899-1900), pp. 193 ss. Versión castellana de *Colección de Encíclicas*, I (Guadalupe-Buenos Aires 1959), p. 620.

Estos mismos conceptos son repetidos casi a la letra en la *Istruzione* que la S. C. de Seminarios y Universidades dirige a los Ordinarios de Italia acerca del funcionamiento de los Seminarios (26.IV.1920). El texto completo puede verse en X. ΟCHOA, *Leges Ecclesiae post Codicem Iuris Canonici editae*, I (Roma 1966), cols. 298-309.

7. A la Comisión para la reforma del CIC (20.XI.1965): «...siquidem perquam solido inveniuntur consociata foedere theologia et ius canonicum, primaria quaedam, scilicet quae sunt iuris divini constitutivi, nullo modo queunt mutari», A.A.S. 57 (1965), pp. 985-989; Cfr. etiam: *Alocución a los participantes en el II Curso de renovación canónica para miembros de Tribunales eclesiásticos*, 13.XII.1972, A.A.S. 64 (1972), pp. 780-782.

8. *Alocución a los participantes en el I Congreso de la Asociación Internacional de Canonistas*, 20.I.1970, A.A.S. 62 (1970), pp. 106-111.

9. «Novità dalla quale germina la revisione del Codice vigente... per derivare la legge canonica dall'essenza stessa della Chiesa di Dio, per la quale la legge nuova e originale, quella evangelica, è la «gratia Spiritus Sancti, quae datur per fidem Christi»; così, se questo è il principio interiore che guida la Chiesa nel suo operare, esso dovrà manifestarsi sempre più nella sua disciplina visibile, esteriore e sociale, con quali conseguenze è più facile ora intravedere che dire», *ibid.*, p. 109.

de la Iglesia, reconociendo en ella no una ley dominante, expresión de poder autocéntrico, un “*iussum*” despótico y arbitrario, sino más bien una norma que tiende sobre todo a interpretar una doble ley: aquella superior, divina, y aquella interior, moral, de la conciencia, y, por lo tanto, norma que promueve, protege y equilibra, en cuanto mejor se puede según nuestra humana condición, los derechos y correlativos deberes, la libertad y la responsabilidad, la dignidad de la persona y a la vez la soberana exigencia del bien común y —lo que es propio de la Iglesia— su inmutable constitución unitaria y comunitaria y su adaptabilidad en las actividades contingentes¹⁰.

En este punto asumen particular relieve los conceptos expresados por el Pontífice en su alocución a los participantes en el II Congreso de la Asociación Internacional de Canonistas celebrado en Milán¹¹:

—Se requiere, insiste el Papa, el estudio del Derecho Canónico, por ser un medio de concreción de la vida de la Iglesia y del espíritu del último Concilio Ecuménico.

—Dicho estudio supone una seria formación teológica: “Dopo il Concilio, il Diritto Canonico non può non essere in relazione sempre più stretta con la teologia e con le altre scienze sacre, perchè è anch'esso una scienza sacra, e non è certo quell'“arte pratica” che alcuni vorrebbero, il cui compito sarebbe solo quello di rivestire di formule giuridiche le conclusioni teologiche e pastorali ad esso pertinenti (...) Oggi è impossibile compiere studi di Diritto Canonico senza una seria formazione teologica (...) Il rapporto intimo tra Diritto Canonico e Teologia si pone dunque con urgenza; la collaborazione fra canonisti e teologi deve farsi più stretta; nessun dominio della Rivelazione può rimanere ignorato, se si vuole esprimere ed approfondire nella fede il mistero della Chiesa, il cui aspetto istituzionale è stato voluto dal suo Fondatore e appartiene di essenza al suo carattere fundamentalmente sacramentale (cfr. *Lumen Gentium*, 1)”.

Como venerada consigna al final de sus palabras, Paulo VI urgía la necesidad de una Teología del Derecho que asuma todo cuanto la divina Revelación enseña acerca del misterio de la Iglesia, profundizando y llevando a perfección el esfuerzo iniciado por el Concilio mismo.

Las palabras del Papa encierran todo un programa que se adivina fecundo en nuevos horizontes y aportes: ellas constituyen el mejor comentario, y ciertamente el más autorizado, a la directiva del Concilio Vati-

10. Ibid., pp. 109-110.

11. *L'Osservatore Romano*, del 17-18 sett. de 1973, pp. 1-2.

cano II: "...in Iure Canonico exponendo... respiciatur ad Mysterium Ecclesiae, secundum Constitutionem dogmaticam "De Ecclesia" ab hac S. Synodo promulgatam"¹².

Si bien el Derecho Canónico ha sido constantemente presentado como "ciencia sagrada" en el contexto de la formación teológica de los clérigos, es indudable que ese carácter también debe tenerlo en cuenta y obrar conforme a él, quienquiera abocarse con seriedad a su estudio, en virtud del derecho fundamental de todo fiel cristiano en orden a obtener una congruente formación en las disciplinas sagradas. A dicho estudio, ha de acompañar aquella justa libertad de investigación y de expresión del propio pensamiento "in iis in quibus peritia gaudent", en actitud de respeto y comunión con el Magisterio de la Iglesia¹³. La seriedad teológica de los laicos canonistas ha sido delicadamente urgida por el mismo Papa en la alocución recién mencionada¹⁴.

Si el Derecho Canónico ha de ser estudiado a partir de su íntimo y vital entronque en el misterio de la Iglesia, ello implica descubrir todas las exigencias de justicia inherentes a dicho misterio que sean traducibles a Derecho. VILADRICH ha hecho notar¹⁵ que esto debe significar un cambio radical en la actitud de los canonistas en cuanto a la fundamentación, concepto y método atribuidos al Derecho Canónico: en la fundamentación, desde el momento que la Iglesia no es sólo la "societas hierarchicis organis instructa" ni puede el Ius canonicum reducirse al hecho jerárquico, como única dimensión relacional ni juridizable; en el concepto, dado que el Derecho es más que un "complexus legum" emanado directa o indirectamente de la potestad de jurisdicción; y en el método, por cuanto no podrá ser visualizado como una mera exégesis o construcción sistemática de dicho

12. Decr. *Optatam totius*, n. 16, § 4.

13. Const. *Gaudium et Spes*, n. 62. Es bien sabido que en los sucesivos esquemas de la «Lex Fundamentalis» este derecho ha aparecido siempre reconocido en el Estatuto Fundamental de los fieles. Su tenor aparece notablemente mejorado en el esquema de 1973, donde se ha diferenciado el derecho a una congruente educación cristiana y deber de los padres de procurarla para sus hijos (c. 17) y el derecho a la justa libertad de investigación y expresión de su pensamiento (c. 18). Sobre el tema, puede verse: A. DEL PORTILLO, *Fieles y laicos en la Iglesia* (Pamplona 1969), pp. 106 ss.; J. HERVADA-P. LOMBARDÍA, *El Derecho del Pueblo de Dios*, I (Pamplona 1970), pp. 306-308; J. M. GONZÁLEZ DEL VALLE, *Derechos fundamentales y Derechos públicos subjetivos* (Pamplona 1971), con amplia bibliografía; J. BEYER, *De statuto iuridico christifidelium*, «Periodica», 57 (1968), pp. 568-570.

14. «Oggi è impossibile compiere studi di Diritto Canonico senza una seria formazione teologica. Ciò che la Chiesa ha richiesto ai suoi ministri, potrà essere domandato anche ai laici che studiano, insegnano o sono chiamati ad applicare il suo Diritto nell'amministrazione della giustizia e nella organizzazione delle comunità eclesiale» (Cfr. nota 11).

15. *Derecho y Pastoral*, art. cit., p. 238.

“complexus legum”. Cada “elemento” del Derecho Canónico, que lo constituye en su estaticidad y cada uno de sus “momentos” que lo dinamizan (J. HERVADA) ha de ser valorado en cuanto sirva a la dimensión de justicia del entero misterio de la Iglesia, en orden a organizar un orden social justo.

La ciencia del Derecho Canónico no podrá, pues, reducirse a la ciencia positiva de un fenómeno jurídico puramente natural ni inspirarse servilmente en técnicas jurídicas elaboradas primariamente para regular la convivencia civil de los ciudadanos: acaso esto requiera de los canonistas una mayor finura y amplitud de su saber científico, para saber descubrir cuanto la técnica jurídica moderna ofrezca de posibilidades congruentes con la realidad eclesial que se busca servir, y las virtualidades que ofrezca la tradición canónica dentro de la unidad de su ordenamiento. Se trata, en efecto, de un “recognoscere ius” en el sentido más fecundo de la expresión (cardenal FELICI), lo que comporta una creatividad coherente del canonista, y a ello haremos referencia más adelante.

Por otra parte, si bien el Derecho Canónico es ciencia sagrada y se lo incluye entre las disciplinas teológicas, es claro que ello no implica una devaluación de su carácter jurídico y organizativo del orden eclesial: la teología preside su fundamentación, características e incluso puede llegar a favorecer una determinada formalización; sin embargo, es propio de los cánones “ecclesiasticam referre disciplinam” y no consideraciones o definiciones de carácter teológico, al menos como tenor habitual. Es conocido el pensamiento de PEDRO LOMBARDIA, a raíz de los sucesivos esquemas de la *Lex Fundamentalis*, en el sentido de no corresponder a su papel específico, en cuanto Ley constitucional, la presentación de una “imago Ecclesiae”: el servicio que una norma puede prestar a la realidad de la Iglesia no radica en eventuales referencias escriturísticas o teológicas en su tenor literal, sino en que, fundamentada en sólida teología, asegura un adecuado desarrollo de la convivencia y actividad en vistas a producir un orden eclesial justo¹⁶.

En el Derecho Canónico aparece también, por consiguiente, aquella misteriosa conjunción de lo divino y lo humano que da origen a una notable analogía entre la Iglesia y el misterio del Verbo Encarnado¹⁷: en ella “lo humano está ordenado a lo divino, lo visible a lo invisible”¹⁸, pero de tal

16. REDACCIÓN DE IUS CANONICUM, *El proyecto de Ley fundamental de la Iglesia*, (Pamplona 1971), pp. 83 ss.; cfr. etiam el volumen *Lex Ecclesiae Fundamentalis* (Romae 1974), pp. 92 ss.; otro tanto determina en su tenor propio, el n.º 1 de los *Principia quae recognitionem CIC dirigant*, «Communicationes», 2 (1969), pp. 78 ss.

17. Const. *Lumen Gentium*, n. 8.

18. Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.

manera que dicha conjunción no absorbe ni volatiliza lo humano, antes bien, respetando su identidad, lo transfunde de nueva energía y lo eleva hacia un más alto servicio.

2. *La Pastoral.*

Supera la finalidad de estas reflexiones una exposición circunstanciada del origen, desarrollo y tendencias más generalizadas de la Pastoral. Con todo, creemos oportuno tener presente algunos elementos¹⁹:

1.º) La teología, cuya noción científica elaborara Santo Tomás, toma sus principios “ex articulis Fidei” I (q. 1, a. 8 c) y se relaciona dependientemente no sólo del Magisterio de la Iglesia, sino además de la fe de la entera comunidad cristiana²⁰.

La teología depende de la fe tomada no sólo como objeto o contenido, sino también como acto: la inteligencia del teólogo se pone en comunicación con la palabra y el designio de Dios mediante el acto de fe, el cual adquiere su contenido por el conocimiento de la Revelación en su Fuente (la Palabra de Dios entregada por la Iglesia), y se afirma en su verdad por cuanto procede “in eadem linea, eodem sensu eademque sententia” que el Magisterio y está en comunión con la fe de la Iglesia.

El Vaticano II ha enseñado que el Espíritu Santo suscita en la Iglesia “ducente Magisterio” el “sensus fidei”; de este modo “universitas fidelium qui unctionem habent a Sancto (...), in credendo falli nequit, atque hanc suam peculiarem proprietatem mediante supernaturali sensu fidei totius populi manifestat cum (...) universalem suum consensum de rebus fidei et morum exhibet”²¹. En otras palabras, la Iglesia entera, enseñada por el Magisterio, conoce y vive la riqueza de la fe, y la teología no puede desarrollarse prescindiendo de la fe poseída y vivida por la comunidad cristiana.

Aquí ya aparece la importancia de la actividad pastoral que, al guardar viva la fe de la comunidad, se relaciona así con la teología católica.

Esta atención de los teólogos a la vida de la comunidad cristiana ha

19. Nos inspiramos particularmente en G. CERIANI, *Introduzione alla teologia pastorale* (Roma-Mame 1961). Para una visión detallada, puede consultarse la tesis de M. FÜGLISTER, *Die Pastoraltheologie als Universitätsdisziplin* (1951), presentada a la Facultad de Teología de Friburgo (Suiza); F. X. ARNOLD, *Pastorale et principe d'incarnation* (Bruxelles 1964), especialmente pp. 125-213; una excelente visión sintética y crítica presenta VILADRICH, *Derecho y Pastoral*, art. cit., pp. 184-207, con abundante bibliografía.

20. C. COLOMBO, *La metodologia teologica dal 1900 al 1950*, «La Scuola Cattolica», 80 (1952), pp. 453 ss.

21. Const. *Lumen Gentium*, n. 12.

favorecido la reflexión sobre el conjunto de los aspectos del misterio de la Iglesia y ha hecho de la edificación de la Iglesia (que en último término es el crecimiento de la vida de fe de la comunidad cristiana), un elemento fundamental de la sistematización de la teología pastoral. Así, pues, se da una recíproca influencia entre la reflexión de los teólogos y la vida pastoral de la Iglesia.

Diversos teólogos han destacado en los últimos tiempos la dimensión kerigmática de la teología: “predicabilidad” de la verdad revelada (LAKNER); “perceptibilidad” o formas sencillas (simbología, etc.) bajo las cuales debe ser presentada a los fieles (LOTZ); carácter consolador y salvífico de la verdad cristiana (STOLZ). Así la teología —reflexión y elaboración científica sobre el dato revelado— lleva a plantearse el modo de transmitir el mensaje divino y ser, por consiguiente, teología pastoral.

Una vez más aparece así que las orientaciones de la teología y la vida de la Iglesia se fecundan recíprocamente.

2.º) La sistematización teológica a la búsqueda de una síntesis teológica integral, ha ido tendiendo cada vez más hacia la Cristología. Si Dios es el objeto formal y especificativo de la teología —“Deus subiectum huius scientiae”, “sub ratione deitatis ut in se notus”— y es conocido por la fe según el modo como se ha revelado, Cristo, Palabra revelada de Dios aparece como el “primum notum”, por el cual es posible conocer la verdad revelada en su integridad y en quien ésta adquiere plena unidad y coherencia. Esta unidad ha sido reiterada en las *Normae quaedam* de la S. C. para la Educación Católica (1968): “Inculcatur unitas fovenda inter varias disciplinas theologicas centrum huius unitatis, a Concilio Vaticano propositum, est *Mysterium Christi ad quod integra historia salutis convergit, a quo proinde tota Revelatio et oeconomia gratiae unitatem accipit*”²².

Esta orientación cristocéntrica conduce al teólogo a reflexionar sobre la palabra de Dios como economía de salvación: la Palabra históricamente manifestada, conservada y proclamada en la Iglesia, y la Iglesia misma, Cuerpo de Cristo, que se construye por esta Palabra. Esto ha favorecido una reflexión teológica en un sentido pastoral, es decir, en el sentido de la salvación eterna de todos los hombres, realizada en el misterio de la Iglesia, y ha conferido una dimensión histórica, en el sentido expresado, a la reflexión teológica moderna con el enriquecimiento consiguiente de los aportes bíblicos, patrísticos y litúrgicos. Con respecto al método las *Normae quaedam* cuidaban señalar: “*Omnes disciplinae theologicae ex intrinseca ra-*

22. Cfr. Const. *Dei Verbum*, nn. 2-4, 14-17; Decr. *Optatam totius*, n. 16; *Normae quaedam*, nota 12 al art. 30.

tione proprii obiecti formalis explicare curent historiam salutis quae est semper in actu. Singulae autem disciplinae hoc faciunt proprio cuiusque modo (...) theologiae pastoralis, prout a pastore animarum cum grege suo communicari debet, etc.”

Esta tendencia providencial de nuestros días de desarrollar el aspecto salvífico de la teología, poniéndola al servicio de la vida sobrenatural de la comunidad cristiana (sin sacrificar nada, por cierto, de las exigencias científicas), ha contribuido, como decíamos antes, a la edificación de la pastoral.

El misterio de la Iglesia constituye, pues, la base de la pastoral, tanto en su aspecto entitativo como dinámico, en cuanto Pueblo de Dios peregrino hacia el Reino “en el itinerario de los hombres”.

Sin pretender una definición de la Pastoral, vamos así llegando a una descripción somera de sus tareas: podemos decir, pues, que se nos presenta como una reflexión científica sobre la Palabra de Dios que es Cristo, viviente en su Iglesia, obrador de la salvación; es una reflexión ordenada a la salvación del hombre y es capaz de orientar la acción de la Iglesia al insertar los medios de salvación en la evolución concreta del hombre y del mundo.

3.º) En la base de la pastoral se halla un principio teológico (y no meramente prudencial) cual es la fidelidad a la naturaleza misma de la Iglesia, a su estructura esencial, funciones, poderes, y a su finalidad escatológica. Puesto que el Magisterio auténtico de la Iglesia es regla próxima del quehacer teológico, la teología pastoral supone esta necesaria vinculación y dependencia de dicho Magisterio. Hace ya muchos años, Pío XII prevenía: “Pour la connaissance de la vérité, ce qui est décisif, ce n’est l’“opinio theologorum”, mais le “sensus Ecclesiae”. Sinon, ce serait faire des théologiens presque des “magistri magisterii”²³.

En los años siguientes al Concilio, la relación de la teología con el Magisterio y el importante papel que la Iglesia le confía, ha sido puesto en relevancia por el propio Pontífice actual²⁴.

Frente a un “pastoralismo” que quisiera hacer de la realidad contingente casi un postulado científico dotado de autonomía condicionante y

23. Alocución *Di gran cuore* a los participantes de la 6.ª Semana de adaptación pastoral (versión francesa de «La Documentation Catholique», 53 (1956), cols. 1221-1232).

24. Cfr. *Carta Pontificia al Congreso Internacional de Teología del Concilio Vaticano II*, «La Documentation Catholique», 1480 (1966), cols. 1330-1332; *Alocución papal a los congresistas* (1.X.1966), ibidem, cols. 1735-1742; Cfr. SYNODUS EPISCOPORUM (1967), *Relatio Commissionis Synodalis constitutae ad examen ulterius peragendum circa opiniones periculosas et atheismum*, II, 4, *De theologorum opera et responsabilitate* (Typis Polyglottis Vaticanis 1967).

determinante de la acción de la Iglesia, el Magisterio supremo ha reiterado en forma permanente la necesaria conexión entre contemplación y acción, doctrina y práctica, por lo que hace al quehacer pastoral. Una corroboración bien conocida es la nota explicativa que acompaña las primeras palabras de la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* del Concilio Vaticano II: “Constitutio Pastoralis *De Ecclesia in mundo huius temporis* duabus partibus constans, unum quid tamen efficit. Pastoralis autem dicitur Constitutio ex eo quod, principiis doctrinalibus innixa, habitudinem Ecclesiae ad mundum et ad homines hodiernos exprimere intendit. Ideo nec in priori parte pastoralis deest intentio, nec vero in secunda intentio doctrinalis”.

Los documentos oficiales de la Santa Sede referentes a la formación del clero, han reconocido el carácter de “ciencia sagrada” a la pastoral. El c. 1365, § 3 se refiere a ella como “theologia pastoralis” a la cual deben añadirse “practicae exercitationes”. Otro tanto han hecho las disposiciones posteriores al Código²⁵.

Por su parte, la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, publicada en 1970 por la S. C. para la Educación Católica, al mismo tiempo que la sitúa entre las disciplinas teológicas (cap. XII) enuncia su tarea específica: “La Teología pastoral debe poner en claro *los principios teológicos de la acción* por la que se lleva a efecto la voluntad salvífica de Dios en la Iglesia de hoy por medio de los diversos ministerios e instituciones” (n. 79). Posteriormente, un capítulo entero (c. XVI) tiene como tema la formación pastoral que ha de presidir la preparación de los futuros pastores de almas.

La teología siendo una, es a la vez especulativa y práctica²⁶, y el Doctor Angélico cuida de establecer que “vita activa et contemplativa distinguuntur secundum diversa studia hominum intendentium ad diversos fines, quorum unum est consideratio veritatis, quae est finis vitae contemplativae, aliud autem est exterior operatio, ad quam ordinatur vita activa”²⁷. Puesto que las virtudes morales se refieren a la vida activa, la principal de ellas es la justicia por la cual uno se ordena al otro: “Unde vita activa describitur per ea quae ad alterum ordinantur, non quia in his solum, sed quia in his principalius consistit”²⁸.

25. Instrucción de la S. C. de Seminarios y Universidades (26.IV.1920), cfr. nota n. 6; Const. *Deus Scientiarum Dominus* (24.V.1931): *Appendix I*, como una «disciplina especial». *Normae quaedam* (20.V.1968), art. 29: entre las dimensiones que pertenecen intrínsecamente a la doctrina sagrada, se encuentra la dimensión pastoral.

26. *S. Th.* I, q. 1, aa. 2-4.

27. II-II, q. 181, a. 1, c.

28. *Ibid.*, ad 1.^{um}

Con todo, la actividad humana puede ser considerada especulativamente (saber especulativo-práctico), como sería el caso de la teología moral, y también puede serlo aproximándose siempre más a la acción por realizar *hic et nunc*. En este caso asume un papel preponderante *la prudencia*²⁹ definida como “*recta ratio agibilium*”.

Entre el saber especulativo-práctico y la prudencia se sitúa un dominio intermedio que comprende las reglas próximas de actuación, lo que constituye el dominio del arte. De aquí algunos teólogos pastoralistas distinguen en la pastoral: la ciencia y el arte³⁰.

A la doctrina práctica (“principios teológicos de la acción salvadora de Dios por la Iglesia de hoy...”)³¹ se añade un arte, un complejo orgánico de reglas próximas del actuar pastoral. En otras palabras: dado que la pastoral es el misterio de la Iglesia en acto, realizándose la salvación en cada hombre en el espacio y el tiempo, ello connota la visión sobrenatural de los valores que deben ser elaborados, mediatizados, por la acción pastoral en la vida humana. Enseguida: si el objeto de la pastoral son los valores de una vida que hay que dirigir hacia la salvación, llegan a la conclusión que dicha pastoral es también *un arte*, una habilidad práctica, una relación de los valores universales (formulados por la ciencia teológica) con los fines prácticos y personales de la existencia. De aquí se deducen diversas consecuencias con respecto a la relación de la pastoral con otras disciplinas teológicas y profanas, y en cuanto al método que le es propio: no creemos ser de nuestra incumbencia detenernos en estos aspectos que pueden ser consultados en los autores especializados.

3. *Relación entre Pastoral y Derecho Canónico.*

Las disposiciones recientes de la Santa Sede han sido enfáticas en la insistencia de una mayor coordinación de las disciplinas, ya sea por razón de su objeto mismo ya sea como una necesidad de que los alumnos obtengan una visión orgánica del saber teológico y de su conexión con la vida.

29. I-II, q. 58, a. 5; q. 57, a. 5 ad 3.

30. Cfr. FÜGLISTER, op. cit., pp. 57-58. No entramos al tema de los teólogos «kerigmáticos» a que antes hemos hecho mención, que distinguen dicha «teología kerigmática» o «de la predicación» como una ciencia «sui iuris» adecuadamente distinta de la Teología especulativa: por eso sólo nos hemos referido a la «dimensión kerigmática» de la Teología. Sobre el tema, cfr. A. STOLZ, *De theologia kerigmatica*, «Angelicum», 17 (1940), pp. 337-351; Cfr. etiam I. MESSAUT, *Le rôle intellectuel de la Théologie dans l'Apostolat*, «Revue Thomiste», 40 (1935), pp. 330-386; R. GARRIGOU-LAGRANGE, *Le Théologie et la Vie de la Foi* «Revue Thomiste», 40 (1935), pp. 492-514.

Para ello es necesario el acercamiento y colaboración interdisciplinarios³¹.

Por lo que toca a la relación entre el Derecho Canónico y la Pastoral, ha sido abordada tanto por pastoralistas como por cultivadores de la ciencia canónica.

Entre los primeros, no falta quien, sin detenerse en el armónico y unitario complejo formado por el “derecho divino y el derecho humano”, ha privilegiado a este último, considerándolo en su variabilidad de acuerdo a la “situación presente”, que sería un campo previo ajurídico y propio de la teología práctica; por otra parte, contradictoriamente, esta canonística aparece para la teología práctica con una característica fundante por cuanto manifiesta la estructura jurídica de la Iglesia y las normas vigentes, todo lo cual prevalece sobre las propias interpretaciones y conclusiones a que haya llegado la teología práctica.

Otro teólogo ha considerado el Derecho Canónico como “una función particular” en la Iglesia, en cuanto que no todo en la Iglesia puede reducirse a Derecho. Enseguida, circunscribiéndose también sólo al derecho humano, ve al Derecho como potestad en sus detentadores —con una característica de servicio— y como obligación por parte de los súbditos con una consiguiente relatividad. Esta última nota, sobre todo, es sugerida por razones pastorales de adecuación a los casos particulares, lo que lleva a considerar la relación entre Derecho y Pastoral en el mismo esquema que la posición anterior: el derecho humano y su mutabilidad histórica³².

Otros pastoralistas consideran el Derecho Canónico desde el ángulo potestativo-jurisdiccional exclusivamente, lo que le confiere desde luego una visión incompleta. Para las realidades espirituales, la ley es una protección; así, el Derecho Canónico viene a ser como la osatura de la Iglesia. Las leyes emanan del poder competente para organizar a la Iglesia, su vida social y litúrgica. Las leyes que emanan del poder canónico-litúrgico son determinaciones de las funciones esenciales de la Iglesia y explicitaciones del Derecho divino inmutable. Circunscribiéndose sólo al dominio de la liturgia, llegan a la conclusión que las sugerencias y deseos en esta materia “pueden tener un valor profético, pueden constituir un impulso hacia una mejor adaptación, pero corresponde a la Iglesia (= jerarquía) juzgar y decidir” (CERIANI).

Por lo que respecta a los canonistas, bástenos aquí hacer una breve reseña de algunos de ellos, conscientes de no abarcar, ni con mucho, la am-

31. Cfr. *Normae quaedam* (20.V.1968), y nota n. 24.

32. Para una visión sintética y crítica de estas posiciones, véase: VILADRICH, *Pastoral y Derecho*, art. cit., a quien he seguido en estas conclusiones; cfr. especialmente pp. 202 ss.

plia gama de la variedad y riqueza del pensamiento ya elaborado, a menudo complementario, en las diferentes posiciones sustentadas.

A. M. STICKLER, después de haber examinado la relación entre ambas realidades en la vida de la Iglesia a través de los siglos, ha expresado a manera de conclusión, y con la autoridad que le es reconocida universalmente: "...non solo non esiste un contrasto intrinseco tra Diritto e Pastorale, ... anzi, nella società visibile ecclesiale il diritto canonico è orientato intrinsecamente verso la Pastorale come uno degli strumenti necessari di servizio; mentre questa invoca il Diritto per averne tutto il suo aiuto indispensabile come elemento portante di ordine, di sicurezza, di stabilità e di oggettività"³³.

Mons. F. ROMITA, al considerar la relación entre Derecho Canónico y Pastoral, afirma que la antítesis "è piuttosto verbale e apparente, episodica che sostanziale, reale e permanente".

Partiendo de diversos textos pontificios llega a la conclusión que la Pastoral es el instrumento vivo para la realización hic et nunc del Reino de Dios, es expresión dinámica de la unidad, santidad, catolicidad y apostolicidad de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Es decir, la Pastoral realiza dinámicamente la esencia misma de la Iglesia por sus cuatro propiedades; así, el criterio de discernimiento viene a ser claro: "Tutto ciò che concorre ad attuare la realtà della Chiesa nelle quattro proprietà, è pastorale. Non lo è invece tutto ciò che impedisce o ritarda tale realizzazione". Es causa instrumental de la acción de la Iglesia, en manos de la jerarquía y del Pueblo de Dios (causas ministeriales), que se sirven de medios y métodos idóneos (causas materiales). Esta fuerza y acción son causas secundarias, dado que su eficacia la obtienen de la causa principal y fontal de la Iglesia, que es Jesucristo.

Por su parte, el Derecho Canónico, al regular las múltiples relaciones que surgen en la Iglesia, asegura, garantiza y manifiesta sustancialmente de diversos modos las cuatro propiedades esenciales de la Iglesia, según las circunstancias históricas. Su labor aparece especialmente en cuanto armoniza y coordina las diversas energías apostólicas, las relaciones entre personas físicas y morales, dirime eventuales conflictos y castiga a los perturbadores del orden eclesial.

Con todo, el autor resalta una más profunda vinculación, ontológica, entre ambas dimensiones, en cuanto ambas nacen de la caridad.

33. *Diritto e Pastorale nella Storia della Chiesa*, «Monitor Ecclesiasticus», 95 (1970), pp. 262-263.

Las relaciones intersubjetivas entre los sujetos de la Iglesia, sociedad visible, reguladas por el derecho según la exigencia de justicia, son elevadas por la caridad y transformadas en una comunión de personas "...com'è vero che la pastorale nasce dalla carità e ad essa conduce, è vero anche che la carità è la perfezione del diritto della Chiesa, il quale trae la profonda ispirazione proprio dalla carità ed è necessario alleato della pastorale". Lo cual no obsta para que Pastoral y Derecho Canónico mantengan su propia naturaleza y métodos que les son peculiares³⁴.

GIACCHI, dentro de una más amplia visión, se ha referido al tema. Para él, la actividad de la Iglesia, ut talis, igual que su constitución, no le es originariamente propia, sino que debe verse en ella una continuación de la obra de Cristo, que actúa en ella y por ella.

Para GIACCHI la oposición entre Pastoral y Derecho Canónico carece de un serio fundamento lógico, por cuanto ambos conceptos se desarrollan en planos diversos.

La actividad pastoral de la Iglesia, en su sentido más alto y comprensivo (obra dirigida a la salvación de toda la humanidad) coincide con la finalidad misma de la Iglesia: en este sentido, el Derecho Canónico no es sino un instrumento de la Pastoral. En cuanto la Iglesia es encarnación de la obra de Cristo en la historia humana, es también "sociedad" humana y visible, "sociedad jurídica", y este hecho social se conecta intrínsecamente con la naturaleza sobrenatural de la Iglesia, comunión de los Santos y Cuerpo Místico de Cristo. Así, pues, esta sociedad eclesial existe no sólo por un motivo sociológico, sino sobre todo por una razón religiosa.

La renovación del Derecho Canónico, concluye el autor en este punto, ha de preocuparse por explicitar y profundizar su plena coherencia con las realidades sobrenaturales que fundamentan la "societas fidelium"³⁵.

Para HUIZING la "pastoralidad" del Derecho Canónico se fundamenta en la comunidad eclesial concebida primariamente como comunidad sacramental, en su doble aspecto de comunidad cristológica y humana, siendo este segundo aspecto tributario y servidor de aquél. En cuanto comunidad humana, asimismo, será "semper reformanda" y ello implica varias consecuencias para el ordenamiento jurídico que asume, por su parte, una funcionalidad pastoral. El sistema mismo del ordenamiento canónico, propicia

34. *Pastorale e Diritto Canonico. Consiglio Pastorale e Consiglio Presbiterale*, «Monitor Ecclesiasticus», 92 (1967), pp. 483-509.

35. *Tradizione ed Innovazione nella Chiesa dopo il Concilio*, «La Chiesa dopo il Concilio. Atti del Congresso Internazionale di Diritto Canonico (Roma 1970)», I, pp. 41-56, espec. 46-48.

HUIZING, debería contener órganos de control continuo destinados a verificar si acaso las instituciones y sus normas sirvan realmente a la vida religiosa de los fieles: “l’ordinamento della Chiesa dev’essere chiaramente e realmente ispirato dall’ideale del servizio pastorale alla comunità di Cristo”³⁶.

LAMBERTO DE ECHEVERRIA, al considerar en su conjunto la obra del Concilio Vaticano II, llega a la conclusión de que, más que oposición entre Pastoral y Derecho Canónico, existe una realidad compleja de la que hay que ser conscientes. La Iglesia es presentada como una “institución”, prolongación de Cristo, lo que implica una idea de orden, régimen, autoridad. El poder que detenta la Iglesia es de origen sacramental y es concebido como un todo, aunque, por razones de orden técnico y por una venerable tradición, ha sido considerado separadamente como “poder de orden” y de “jurisdicción”. Dicho poder tiene una característica de servicio. Por eso quien gobierna es denominado a la vez “pastor”. Las dos realidades no forman sino una: el régimen de la Iglesia es a la vez jurídico y pastoral. “Le Droit canonique a donc un contenu profondément religieux et son activité ne se justifie pas par elle même, mais en tant qu’elle est une technique au service des fins transcendantes de l’Eglise”. Según esto, prosigue DE ECHEVERRIA, Derecho y Pastoral no son sino dos expresiones del poder de Cristo que se prolonga en su Iglesia. Se trata de actividades complementarias que deben armonizarse. El orden eclesial tiende, pues, a la obtención inmediata de un medio óptimo para que los fieles puedan obtener la “salus animarum”, finalidad última de la Iglesia. Lamentablemente la enseñanza del Concilio no ha logrado penetrar la estructuración concreta de la vida de la Iglesia y se ha producido una duplicidad de organismos jurídicos y pastorales que han creado algún antagonismo en la práctica.

Abordando un punto que nosotros hemos rehuído tratar por saberlo polémico entre los pastoralistas, ECHEVERRIA sostiene que el sujeto de la acción pastoral no se circunscribe al episcopado o al clero. “C’est l’Eglise toute entière, y compris le laïcat, qui doit agir pour la réalisation de l’activité ecclésiale”. El Derecho Canónico se inserta plenamente en la actividad pastoral, como tutela, reglamentación, autoridad. Se ve, pues, que el Derecho Canónico, si por una parte se inserta en la hodegética, por otra la sobrepasa, por cuanto también organiza el ministerio profético y litúrgico.

36. *Teologia Pastorale dell’ordinamento canonico*, «La Chiesa dopo el Concilio...», cit., II, 2, pp. 809-822.

Lejos de estar en oposición con la Pastoral, más bien está en simbiosis con ella³⁷.

PEDRO J. VILADRICH, en una de las exposiciones más completas que se conocen hasta ahora sobre el tema, sitúa en *la naturaleza de la Iglesia* el límite de la pastoral y el punto de convergencia de ésta con el Derecho Canónico. Ambos son dos dimensiones de una única realidad: la Iglesia. Ni una ni otro pueden pretender totalizar el misterio de la Iglesia. A lo largo de sus interesantes reflexiones insiste en la necesidad de buenos juristas para superar la actual crisis del Derecho Canónico, capaces de comprender jurídicamente el “Mysterium Ecclesiae” y traducir en formas viables la doctrina conciliar elaborando un orden eclesial justo, adecuado al grado actual de comprensión que la Iglesia ha alcanzado de sí misma.

Frente al así llamado “campo previo ajurídico” (las circunstancias concretas que contestan a las actuales estructuras y formulaciones), que sería feudo exclusivo y excluyente de la pastoral, VILADRICH recuerda que el Derecho Canónico no es sólo el “ius humanum” ya positivado. El derecho divino es verdadero derecho, de naturaleza y efectos jurídicos inmediatos. Por otra parte, si bien no toda realidad contingente puede llamarse sin más “jurídica”, puede advertirse en ella un orden incoado, una exigibilidad de justicia susceptible de ser juridizada. No se da, pues, un “campo previo ajurídico”, como tampoco se da un campo previo a-divino, en la Iglesia.

Hasta ahora, en la consideración del misterio de la Iglesia, se ha considerado la realidad jerárquica y aparece como una definición el hecho de ser: “societas hierarchicis organis instructa”; sin embargo, el “hecho jerárquico” no agota la dimensión jurídica del “mysterium Ecclesiae” y es preciso advertir otras dimensiones de exigibilidad no suficientemente profundizadas, como pueden ser, v. gr., los derechos fundamentales y los carismas personales privados, que no pueden quedar totalmente marginados del Derecho, por haber en ellos exigencias de justicia y relaciones juridizables.

Siendo, pues, el Derecho enraizado en la dimensión de justicia inherente a la realidad de la Iglesia, puede ser instrumento de gobierno de parte de la jerarquía eclesiástica y, a la vez, tutela de la naturaleza de esas realidades eclesiales que son los carismas.

Al mismo tiempo, dado que el Derecho es una dimensión de justicia inherente a la totalidad del “mysterium Ecclesiae”, y no sólo “ius huma-

37. *Droit canonique, pastorale*, art. cit. nota 1.

num”, es posible entender los límites jurídicos en el ejercicio de la “potestas sacra”, al servicio ella misma de la realización total de dicho “mysterium”.

Uno de los síntomas más graves del conflicto entre pastoral y derecho canónico lo sitúa VILADRICH precisamente en esta autonomía de la pastoral en cuanto a la apreciación del “hic et nunc”. La Pastoral para él, “es la teología de las acciones eclesiales, es decir, una disciplina teológica que del misterio de la Iglesia estudia en concreto su vertiente dinámica en la historia y para la cual naturaleza y misión o contemplación y acción son términos armónicos e inseparables”. Cuando la pastoral se desvincula de la consideración de la naturaleza de la Iglesia, los condicionamientos del “hic et nunc” pasan a absolutizarse y se presentan como “la realidad” a cuyo servicio el Derecho, concebido solamente como instrumento de gobierno y de poder, viene a prestar su función vinculante, vaciado de su contenido: el ejemplo de los totalitarismos fue dramático en este sentido, en el plano temporal.

La función del Derecho Canónico es establecer un orden social justo, es decir, un actuar congruente con la naturaleza de la Iglesia, con los principios y exigencias que se desprenden de su esencia; corresponde a la prudencia jurídica, en su ámbito propio, ajustar la congruencia de las fórmulas, cauces y soluciones jurídicas con la naturaleza de las realidades del “mysterium Ecclesiae”, no pudiendo, por consiguiente, separarse naturaleza e historia en la Iglesia y su Derecho, ni tampoco acción y reflexión.

No siendo instrumento ciego en manos de la autoridad, el Derecho Canónico surge para garantizar y promover, en su ámbito, una realización histórica de la Iglesia, congruente con su naturaleza y misión salvífica. Las exigencias imperativas y coercitivas que de él derivan, son debidas precisamente a la radical exigencia de armonía entre el ser y el deber ser, entre la Iglesia de Cristo y su concreta realización histórica.

Una acción pastoral, mediante la cual la Iglesia se autoconstruye hacia el futuro como Iglesia de Cristo, será verdaderamente “pastoral” sólo cuando sea “justa”, es decir, adecuada a la naturaleza de la Iglesia, y no sólo al “hic et nunc”. De este modo Pastoral y Derecho se reclaman, puesto que a través del Derecho la edificación pastoral de la Iglesia es también una edificación justa³⁸. Con interés se leerán sus reflexiones y los peligros que entraña una pastoral que no tenga en debida cuenta la eficacia estructurante que dimana de los sacramentos del bautismo y del orden para un

38. *Pastoral y Derecho*, art. cit. nota 1.

orden social justo del Pueblo de Dios: uno de ellos, muy actual, es el del clericalismo pastoral que prospecta la participación activa de los fieles en la Iglesia en base a la progresiva asunción de funciones clericales³⁹.

Más allá de las diversas perspectivas, contrapuestas o a veces complementarias, que ocupan a pastoralistas y canonistas en el tema de sus relaciones, es interesante notar la finalidad pastoral que se asigna al estudio del Derecho Canónico. En palabras de la *Ratio Fundamentalis* a que ya hemos aludido antes, se inculca: “Enseñese el Derecho Canónico, teniendo presente el misterio de la Iglesia, que el Vaticano II ha estudiado más profundamente. En la exposición de las leyes y principios, hágase ver, entre otras cosas, cómo todo decreto y norma disciplinar debe estar en armonía con la voluntad salvadora de Dios, buscando en todo el bien de las almas”⁴⁰.

En una muy reciente circular de la S. Congregación para la Educación Católica, dirigida a todos los Ordinarios diocesanos de rito latino y de ritos orientales y a todos los Superiores de Casas de Formación Sacerdotal (2. IV. 1975), la S. Congregación insiste en la pastoralidad del ordenamiento canónico, tanto en el ejercicio de la función de gobierno de la Iglesia como en la fundamentación íntima de los diversos institutos jurídicos:

“Se trata (...) de una colaboración insustituible a la Autoridad eclesiástica en su función de gobierno (que es inseparable de la “pastoral”), para el desarrollo ordenado y pacífico de la vida social de la comunidad cristiana, para la promoción del apostolado y para la recta tutela de los legítimos derechos de todos”.

“De ahí la necesidad y urgencia de la idónea preparación de estas personas, así como la necesidad de una adecuada formación jurídica del sacerdote encargado de cura de almas para realizar convenientemente el ministerio pastoral propio de su carácter sacerdotal”.

“III.—(Disposiciones prácticas): 2. En la enseñanza serán indicados los fundamentos teológicos generales del Derecho Canónico y los particulares de cada “Instituto” jurídico. De este modo y en esta línea será puesto en evidencia el espíritu que anima el derecho de la Iglesia, a diferencia de los otros derechos, y su función pastoral”⁴¹.

39. Ibid., pp. 248-250.

40. Cap. XII, n. 79, y nota 174.

41. *Sacra Congregatio pro Institutione Catholica*, Circular a todos los Excmos. y Revmos. Ordinarios Diocesanos (incluso los Jerarcas de Rito Oriental) y Religiosos y a los Rectores de sus Seminarios y Estudiantados (2.IV.1975). Sobre la Enseñanza del Derecho Canónico para los aspirantes al sacerdocio (versión castellana oficial).

En fin, y como corolario de la primera parte de nuestras reflexiones, donde hemos recorrido el pensar de tantos ilustres estudiosos, las palabras del Pontífice que nos han guiado, sean también su culminación.

El Papa, supremo legislador de la Iglesia, reitera una y otra vez el sentido peculiar de la norma canónica, plenamente jurídica y pastoral, consagrada a un más alto servicio:

“Indirizzandoci a giudici provenienti da ogni nazione e qui riuniti, Noi recentemente abbiamo ricordato che il diritto canonico “est ius societatis visibilis quidem sed supernaturalis quae verbo et sacramentis aedificatur et cui propositum est homines ad aeternam salutem perducere”. Per questo motivo è un “Ius sacrum”, prorsus distinctum a Iure civile. Et quidem ius generis peculiaris hierarchicum idque ex ipsa voluntate Christi. Id totum inseritur in actionem salvificam qua Ecclesia opus redemptionis continuat. Così il diritto è *per la sua natura pastorale*, espressione e strumento del munus apostolicum ed elemento costitutivo della Chiesa del Verbo Incarnato”⁴².

La finalidad del ordenamiento canónico es el hombre cristo-conformado en la plena vivencia de la vocación cristiana, y a esta luz ha de valorarse su estudio y su aplicación en la vida social de la Iglesia:

“Diligentia, qua iuris canonici studia exercetis, numquam vos abducatur a consideratione, quae totam hanc disciplinam vestram semper complectatur oportet; scilicet ius canonicum, ut cetera hoc genus, quae in Ecclesia fieri contingit, ad finem pastorem contendere debere. Etenim ius eo pertinet, ut vita membrorum Ecclesiae, sive singulorum sive omnium simul, recte disponatur et ad finem supernaturalem dirigatur, qui iis praeferat. Si hoc principium in animis haeret et ex eius ratione reapsetur, ius non accipietur quasi quiddam a vitali condicione humana abstractum et libertati personae repugnans, sed ut praesidium, quod christianis ad vocationem suam implendam praesto est”⁴³.

El carácter pastoral debe poner su impronta en el ordenamiento canónico sin perjuicio de las notas propias de la juridicidad: la peculiar naturaleza de la autoridad jerárquica y de la finalidad de la Iglesia, así lo exigen:

42. *A los Prelados Auditores y Oficiales del Tribunal de la S. Rota Romana* (8.II.1973), A.A.S. 65 (1973), pp. 95-103.

43. *A los participantes en el Curso de Renovación Canónica, patrocinado por la Universidad Gregoriana* (13.XII.1971), A.A.S. 64 (1972), pp. 23-24.

“Anche el Diritto canonico, nella sua formulazione, nella sua interpretazione, nella sua applicazione, dovrà, dopo il Concilio, portare l'impronta di quella nota pastorale, che ci sembra debba imprimere alla legge della Chiesa un carattere più umano, ove ne fosse bisogno, più manifestamente sensibile alla carità, che tale legge deve promuovere e tutelare nella comunità ecclesiale e nei confronti della società profana; più chiaramente memore della natura dell'autorità ecclesiastica, essere cioè essa servizio, ministero, amore; e più esplicitamente rivolta alla difesa della persona umana ed alla formazione del cristiano alla partecipazione comunitaria della vita cattolica”⁴⁴.

También nosotros, “tantam habentes impositam nubem testium” (Hebr. 12, 1), podemos llegar ya desde ahora a algunas conclusiones:

1.^a) El Derecho Canónico y la Pastoral se enraizan en la naturaleza misma del misterio salvador, que es Cristo, prolongado en su Iglesia y que, como El, es sacramento universal de salvación.

El dinamismo eclesial actualiza la voluntad salvadora de Dios a través de la realidad societaria, institucional, visible, de la Iglesia, la cual no está separada de las realidades sobrenaturales a cuyo servicio se encuentra.

2.^a) La condición instrumental en que se halla la canonística con respecto a la finalidad trascendente de la Iglesia, en nada afecta a su consistencia como verdadero ordenamiento jurídico eclesiástico, con peculiares características acordes con la naturaleza societaria de la Iglesia.

3.^a) La virtud de la justicia, “qua aliquis ad alterum ordinatur”, es la primera de las virtudes morales que pertenecen esencialmente a la vida activa: de este modo, la vida activa se define principalmente por esta “ordinatio ad alterum”.

Ahora bien, una relación intersubjetiva entre miembros cristoconformados, miembros de la Iglesia, no puede resolverse sólo en derechos-deberes ya formalizados, sino que, para adecuarse verdaderamente a la íntegra realidad eclesial, debe abrirse a una relación comunitaria, comunión de personas, mediante la caridad. Esta “caritas”, sin menoscabar en nada la especificidad de la relación de justicia, ha de permear su formulación, ejercicio, interpretación y ampliación creativa en nuevos cauces.

En sede de lenguaje jurídico, se ha distinguido en la Iglesia, pues, la realidad de Pueblo de Dios-Comunidad-Sociedad, como planos intercomunicados que, en cierto grado, participan uno del otro y expresan la totalidad del misterio de la Iglesia.

44. *A los Prelados Auditores y Oficiales del Tribunal de la S. Rota Romana* (28.I.1972), A.A.S. 64 (1972), pp. 202-205.

No será poco fruto, si al final de la primera parte de estas sencillas reflexiones, nos encontramos todos “scientes et confirmatos in praesenti veritate” (I Petr. 1, 12).

II. LA PASTORALIDAD DEL DERECHO CANÓNICO A TRAVÉS DE ALGUNAS DE SUS CARACTERÍSTICAS.

Al reflexionar sobre la enseñanza de Paulo VI acerca de los fundamentos teológicos del Derecho de la Iglesia, llama de inmediato la atención la riqueza y vastedad de las motivaciones: la primera parte de nuestra reflexión nos ha sensibilizado en ello.

Al abordar las características generales que ha de asumir la norma eclesiástica, el Papa les asigna asimismo una raíz teológica: Cristo, Cabeza, y su Espíritu, como principio vital del dinamismo de la Iglesia:

“Se il Diritto canonico ha il suo fondamento in Cristo, Verbo Incarnato, e pertanto ha valore di segno e di strumento di salvezza, ciò avviene per opera dello Spirito che gli conferisce forza e vigore; bisogna adunque che esso esprima la vita dello Spirito, produca i frutti dello Spirito, riveli l'immagine di Cristo.

Per questo è un diritto gerarchico, un vincolo di comunione, un diritto missionario, uno strumento di grazia, un diritto della Chiesa”⁴⁵.

Una profundización en esta perspectiva nos podrá revelar acaso, asombrosas convergencias con la problemática de algunos temas que, de un tiempo a esta parte, han concitado la atención de los canonistas, tales como Libertad y Obediencia, Carisma e Institución, la “salus animarum” como finalidad suprema del ordenamiento canónico, y aun con otros más tradicionales, como las relaciones entre Fuero interno y externo.

Las características mencionadas por el Pontífice, y en ellas la temática recién recordada, son otros tantos aspectos complementarios y convergentes de la pastoralidad del Derecho de la Iglesia.

Se nos perdonará que en las siguientes líneas expresemos algunas sugerencias sencillas que, más que nuevos aportes, han de persuadirnos de la riqueza del tema que nos ocupa y de su innegable actualidad.

45. *A los Prelados Auditores y Oficiales del Tribunal de la S. Rota Romana* (8.II.1973), A.A.S. 65 (1973), pp. 95-103. Sobre Cristo, origen del Derecho de la Iglesia, véase: H. HERMEL, *Aspecto cristológico del Derecho*, «Ius Canonicum», VI (1966), pp. 25-51. Esta misma idea ya había sido enseñada anteriormente por el mismo Pontífice: «(El Concilio Vaticano II) ha reivindicado il carattere costituzionale del ministero apostolico e pastorale, derivandone da Cristo la potestà e riferendone allo Spirito Santo la pienezza vivificante», *Al Tribunal de la S. Rota Romana* (25.I.1966), A.A.S. 58 (1966), pp. 152-155.

1. *El Derecho Canónico es jerárquico.*

Así como la Iglesia no puede ser definida exclusivamente por razón de sus órganos jerárquicos (y a ello nos ha sensibilizado la enseñanza del Magisterio Supremo en el Vaticano II), tampoco el Derecho Canónico coincide totalmente con la Iglesia ni es una realidad equivalente a ella. Con todo, no habría que olvidar que una acción eclesial externa siempre, en alguna medida, implicará una dimensión jurídica, al menos por la intersubjetividad de relaciones que se entablan entre los miembros de la Iglesia y que son, o pueden serlo, tutelados por el Derecho⁴⁶. En atención a esta amplitud de horizontes, tampoco el Derecho Canónico se origina sin más en las "potestas iurisdictionis" que detenta la jerarquía⁴⁷.

Con todo, una de sus características es la de ser "jerárquico", dado que los fieles forman un cuerpo social unitario que manifiesta y exterioriza su interna vinculación como cuerpo de Cristo, y en el cual se organizan para la consecución y participación de los fines y bienes que les son comunes.

La jerarquía, por institución del mismo Cristo, garantiza la prosecución pública de los fines, y de la misión de la Iglesia en su conjunto. Ello implica una relación de servicio por parte de la jerarquía y de obediencia hacia ella por parte de los fieles⁴⁸, que no sólo no degrada, sino que nos muestra "libertatem non coangustare, sed perficere, operositati addere incrementum, personam quodammodo amplificare"⁴⁹.

Podría ser interesante tener en cuenta la línea constante que, sobre el carácter pastoral del ministerio jerárquico, aparece en el Concilio Vaticano II y documentos posteriores. Remitimos al lector a las conclusiones

46. «Essa (actividad jurídica) non è l'unica, né forse la prima, ma è necessaria (...) giacchè la Chiesa, essendo una comunità non solo spirituale, ma visibile, organica, gerarchica, sociale e ordinata, ha bisogno anche di una legge scritta e postula organi adatti che la promulgano e la fanno osservare, non tanto per mero esercizio di autorità, ma proprio per la tutela della essenza e della libertà sia degli enti morali, sia delle persone fisiche che compongono la Chiesa stessa», PAULO VI en la Conmemoración del 50.º aniversario de la promulgación del CIC, «L'Osservatore Romano», del 30 de mayo de 1967.

47. Cfr. entre la extensa literatura sobre el tema, DE LA HERA, *Introducción*, op. cit., pp. 178 ss.; HERVADA-LOMBARDÍA, *El Derecho del Pueblo de Dios*, I, op. cit., especialmente caps. I y VII.

48. Cfr. *Nuntius PP. Concilii Vaticani II* (20.X.1962), «Constitutiones, Decreta, Declarationes. Cura et studio Secretariae Generalis Concilii Oecumenici Vaticani II» (Typis Polyglottis Vaticanis 1966), p. 875; Y. CONGAR, *La hiérarchie comme service selon le Nouveau Testament et les documents de la Tradition*, «L'Episcopat et l'Eglise Universelle» (París 1964), pp. 67-99; *ibid.*, pp. 101-132; HERVADA-LOMBARDÍA, op. cit., pp. 374 ss.; 397 ss.

49. PAULO VI, *Alocución a la Pont. Comisión para la Reforma del CIC* (20.XI.1965), A.A.S. 57 (1965), pp. 985-989.

a que llega JOSE A. MARQUES en el artículo a que hemos hecho referencia al comenzar⁵⁰; bástenos recordar aquí cómo el ejercicio de la potestad jurisdiccional del obispo, e incluso la terminología técnica que la señala, aparece significativamente incluido en un contexto más amplio: “Episcopi Ecclesias particulares sibi commissas ut vicarii et legati Christi regunt Consiliis, suasionibus, exemplis, verum etiam auctoritate et sacra potestate”. Esta potestad que detentan personalmente en nombre de Cristo, propia, ordinaria e inmediata, la emplean únicamente, “nonnisi”, para edificar a su grey en la verdad y en la santidad⁵¹. Otro tanto nos aparece al considerar los principios que han de dirigir la Reforma del Código, aprobados por el Sínodo Episcopal de 1967. Si el n.º I ratifica el carácter eminentemente jurídico que ha de mantener el nuevo Código, “lex vi sua obligationis causativa... forse ex auctoritate proposita, sed auctoritative imposita”⁵², el n.º III presenta algunos medios para promover la cura pastoral y señala como límite a la actividad legislativa, la libertad de los fieles, “integrae libertatis consuetudo”⁵³, cuando por otros medios se puede obtener más fácilmente el fin de la Iglesia⁵⁴.

En esta misma perspectiva podemos recordar el carácter exhortativo que a veces asumen los cánones, sin perder por ello su condición jurídica, como enseña G. MICHIELS⁵⁵, siguiendo una línea tradicional⁵⁶; y acaso deberíamos añadir: la determinación esclarecida de los componentes del consentimiento matrimonial y la implicancia jurídica de los vicios que lo puedan afectar (incluyendo en el futuro Código incapacidades por motivos de orden psíquico), el cuidado, a veces minucioso, para establecer el carácter discrecional en la aplicación de la pena o la certeza requerida en el juez eclesiástico para emitir sentencia.

En la amplia gama de la actividad legislativa de los órganos jerárquicos, después del Vaticano II han hecho su aparición los “Directorios” emanados de los dicasterios romanos, con la aprobación, confirmación y mandato de publicación que les ha dado el Romano Pontífice en cada caso. Su tenor es en parte jurídico y se incluyen criterios pastorales de aplicación,

50. *El concepto de Pastor*, art. cit. nota 1.

51. Cfr. Const. *Lumen Gentium*, n. 27.

52. G. MICHIELS, *Normae Generales*, I (Romae 1955), p. 155.

53. Decl. *Dignitatis Humanae*, n. 7, § 3.

54. Cfr. las importantes reflexiones que hace al respecto el Cardenal P. FELICI, «Communicaciones», 6 (1974), pp. 108 ss.

55. MICHIELS, op. cit. nota 52.

56. Cfr. etiam: J. HERVADA, *Sugerencias acerca de los componentes del Derecho*, «Ius Canonicum», VI (1966), p. 75, nota 49.

según las circunstancias de tiempo y lugar. Es interesante observar esta nueva modalidad normativa, pues en algunos casos a través de ella se da interpretación auténtica de cánones del Código, cuya aplicación no podría en adelante prescindir de ella.

Piénsese, por ejemplo, en las derivaciones que se originan del Directorio *Ad totam Ecclesiam* (14. V. 1967), sobre el Ecumenismo, por lo que respecta a los cc. 731, § 2, 1258, 2314 y otros, tomando en cuenta lo que se prescribe ahora acerca de la “communicatio in sacris”, el significado de los términos “hereje” o “cismático”⁵⁷, etc. Otro tanto podríamos decir de la *Ratio Fundamentalis Institutionis Sacerdotalis*, emanada de la S. C. para la Educación Católica; si bien adquiere un carácter más normativo que los “Directorios”, se incluyen en ella, además, algunos “Principios” que habrán de orientar una ulterior concreción por parte de las Conferencias Episcopales, y en otros casos “artículos”, que podrán ser incorporados íntegramente por ellas en las normas que se establezcan sobre la materia en cada nación. Es una expresión de subsidiaridad a la que nos referiremos más adelante, y en la que se advierte un claro sentido pastoral. Por lo que toca al punto que aquí nos interesa, también hay que observar que la “Ratio”, de facto, viene a reordenar el Título XXI del Libro III del Código (cc. 1352-1371). En ambos casos podemos reconocer que, por esta nueva normatividad jurídico-pastoral, se ha verificado en lo pertinente, la eficacia legislativa que prevé el canon 22 del Código, y los ejemplos podrían continuarse.

La interrelación entre Pastoral y Derecho a través del carácter “jerárquico” de éste, que hemos venido considerando, se expresa asimismo a través de aquellas formas tradicionales de aplicación de la norma, como son la “aequitas”, la dispensa y, aun, la epikeia misma. Sobre el carácter eminentemente pastoral de la primera, Paulo VI habló largamente al Tribunal de la Rota en una de sus últimas alocuciones⁵⁸. La abundante y rica reflexión que este punto ha originado, nos dispensará de detenernos en él.

El Derecho de la Iglesia se nos presenta, en fin, como instrumento del “munus apostolicum”, por cuya razón es “natura sua” pastoral.

En efecto, el “munus sacrum” ontológicamente conferido en la ordenación sacramental, se hace expedito cual “potestas” mediante la “canonica potestatis determinatio”, de acuerdo a las normas legítimamente vigentes en la Iglesia⁵⁹. La “communio hierarchica”, que está animada por la caridad

57. Cfr. Direct. *Ad totam Ecclesiam*, n. 19.

58. *Alocución al Tribunal de la S. Rota* (8.II.1973), A.A.S. 65 (1973), pp. 95-103.

59. Cfr. Const. *Lumen Gentium*, nota explicativa previa, n. 2.

exige una forma jurídica. El mismo Concilio previene tanto contra un “vago quodam affectu” como contra una mera estructuración jurídica, por muy perfecta que pudiera ser, técnicamente. La “communio” es fruto de un Cuerpo animado por el Espíritu Santo y estructurado como sociedad visible y orgánica.

De este modo lo jurídico sobrepasa el ángulo potestativo jurisdiccional y aparece como una dimensión constitutiva de la naturaleza misma de la Iglesia, dado que “socialis compago Ecclesiae Spiritui Christi, eam vivificant, ad augmentum corporis inservit”⁶⁰.

2. *Carácter misionero del Derecho Canónico.*

Al mencionar esta característica que el mismo Papa le ha atribuído, nos sentimos llevados a considerar la aptitud que debe revestir el ordenamiento canónico para servir al dinamismo de la Iglesia donde hay funciones peculiares de la jerarquía y de la organización eclesiástica en general, y otras que son desempeñadas por los fieles, tanto privadamente mediante la acción personal, cuanto asociativamente, mediante el derecho que el mismo Concilio ha cuidado de reconocerles.

Si es verdad que la Iglesia es sacramento de salvación para toda la humanidad⁶¹, ella posee el dinamismo misionero como empuje vital del Espíritu Santo que la anima.

De este modo, no ligándose indisolublemente a determinada cultura ni a sistema alguno particular de vida, a costumbre alguna antigua o reciente⁶², está en condiciones de anunciar a todos el misterio salvador presente en Jesucristo y ser signo de fraternidad universal⁶³.

Este dinamismo salvador se efectúa en la historia de los hombres, debido al carácter peregrinante del Pueblo de Dios. Precisamente, para un mejor servicio de esta misión dinámica de la Iglesia, fue convocado el Concilio último “in Spiritu Sancto”: “...ut inter tempus (...) et opus Christi, Ecclesiam nempe, novam necessitudinem efficeretis; quae quidem necessitudo non est huiusmodi, ut ad historiam tantum referatur vel ex “relativismi” doctrina, secundum permutationes profani cultus ingenii consideretur natura Ecclesiae, quae semper eadem est sibi que constat;

60. Const. *Lumen Gentium*, n. 8.

61. Const. *Lumen Gentium*, nn. 1 y 13; Decl. *Dignitatis Humanae*, n. 14, etc.

62. Const. *Gaudium et Spes*, n. 58; Decr. *Ad Gentes*, n. 4.

63. Const. *Gaudium et Spes*, n. 92.

...sed eandem magis idoneam facit ad salutare munus suum gerendum novis in condicionibus humanae societatis”⁶⁴. Este esfuerzo perfectivo de la Iglesia, por adecuarse mejor a su misión, continúa el Pontífice, no es sino una expresión de amor a Cristo, que suscita en ella la exigencia de ser y mantenerse fiel, auténtica y coherente; su causa ministerial radica precisamente en la apostolicidad de la Iglesia, “muneris nempe functio, qua Christus Corpus suum mysticum et sociale praeditum esse voluit, et quae patet, efficientiam ei tribuens, per Hierarchiam apostolicam et pastorem”.

El Derecho Canónico ha de hacer posible que el espíritu del Concilio, cuya finalidad ha sido eminentemente pastoral⁶⁵ llegue a informar la concreta vida de la sociedad eclesial. Ello, en base canónica viene a pedir “una profunda reelaboración de los instrumentos técnicos de que se vale el canonista, de suerte que su tarea pueda ser realmente útil al orden social justo de una sociedad tan eminentemente dinámica como es la Iglesia” (P. LOMBARDIA).

En otras palabras, y partiendo de la doctrina que sustentan especialmente JAVIER HERVADA y PEDRO LOMBARDIA, ha de ser posible una efectiva formalización de cuanto la conciencia de la Iglesia, a través de su jerarquía o de la actividad de los fieles en comunión eclesial guiada por el “sensus fidei”, va descubriendo ser exigencia de justicia promanante del Derecho divino, para el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Todo esto habrá de traducirse en una *armonización* de los diversos “momentos” del Derecho, es decir, de aquellas fuerzas impulsoras del dinamismo del Derecho, que concurren integrativamente a constituirlo, con aquellos otros “elementos” que le confieren su relativa estaticidad: habida cuenta de lo que a través de los cauces legítimos conste ser conciencia de la Iglesia sobre sí misma y, al mismo tiempo, de los más adecuados medios de la técnica jurídica moderna, con la consiguiente sana creatividad que ello

64. *Homilía de S. S. Paulo VI en la VII Sesión del Concilio Vaticano II* (28.X.1965), A.A.S. 57 (1965), pp. 899-903.

65. «Nunc admodum mutatis rerum condicionibus —cursus enim vitae celerius ferri videtur— ius canonicum, prudentia adhibita, est recognoscendum: scilicet accommodari debet novo mentis habitui, Concilii Oecumenici Vaticano Secundo proprio, ex quo curae pastoralis plurimum tribuitur, et novis necessitatibus Populi Dei», *A la Pontificia Comisión para la revisión del C.I.C.* (20.IX.1965), A.A.S. 57 (1965), pp. 985-989.

«Lo studio del Diritto Canonico (...) è necessario perchè è una via di accesso alla vita concreta della Chiesa; per mezzo di Istituzioni rinnovate, o di altre del tutto nuove, che debbono essere messe in funzione e saggiate dall'esperienza, lo spirito del Concilio dev'essere messo in grado di esprimersi e di aver attuazione pratica», *A los participantes en el II Congreso de la Asociación Internacional de Canonistas*, efectuado en Milán (17.IX.1973), «L'Osservatore Romano», 17-18 sett. 1973, pp. 1-2.

comporte. En muchos casos, en efecto, se tratará de crear nuevos cauces jurídicos que posibiliten el efectivo ejercicio de la potestad jerárquica⁶⁶. Hace algún tiempo, una autorizada voz hacía presente la difícil complejidad que esto entraña y la vastedad de la labor emprendida, así como los promisorios frutos que cabe esperar⁶⁷.

A continuación nos referiremos a algunos puntos que, dentro de este dinamismo eclesial que prospectamos, aparecen de interés especial.

a. Una particular atención al sistema normativo canónico.

En la alocución con que el cardenal Felici inauguraba el II Congreso de Derecho Canónico en Milán⁶⁸, recordaba que la producción legislativa de la Iglesia no implica necesariamente su formalización en un Código. El hecho que exista uno, y en proceso de renovación, no debería hacernos olvidar que, tanto en el antiguo Derecho romano, como en el Derecho Canónico de las Decretales y, aún, en algunas legislaciones civiles contemporáneas, se ha dado un sistema normativo plenamente funcional, sin que existiese un Código de tipo del napoleónico que inspiró la codificación piano-benedictina y la mayor parte de los códigos modernos.

No cabe duda que las ventajas del Codex Iuris Canonici han sido notables; con todo, no habría que olvidar que, dentro de la unidad del sistema, es igualmente ventajosa una efectiva pluralidad de fuentes de Derecho, a diversos niveles, según se trate de normas edictadas por la Santa Sede, por el Derecho particular, la costumbre, etc.

Un Código, o más todavía, una Lex Fundamentalís, habrían de ser un centro unitario de un sistema normativo donde tengan efectiva vigencia la subsidiaridad eclesial legislativa y una pluralidad compatible con dicha unidad. Esto haría posible que las Iglesias particulares estructuraran de acuerdo a su propia cultura jurídica aquellos aspectos más circunstanciales que deberían poder caber dentro de la amplitud de la legislación universal, sea de carácter constitucional sea de rango inferior.

66. Sobre la relación del Derecho divino y el Derecho humano y su formalización, cfr. HERVADA-LOMBARDÍA, op. cit., pp. 45-56 y 229-246. Asimismo, J. HERVADA, *Sugerencias acerca de los componentes del Derecho*, «Ius Canonicum», VI (1966), pp. 53-110; cfr. igualmente, *La dimensión jurídica del Pueblo de Dios*, «El Derecho del Pueblo de Dios...», cit., pp. 29-57; sobre la formalización y método, cfr. *La ciencia del Derecho Canónico*, ibid., pp. 145-189.

67. Card. FELICI, «Communicationes», 1 (1974), pp. 108 ss.; ibid., 2 (1973), pp. 249 ss.

68. Cfr. nota precedente: p. 249.

El profesor ST. KUTTNER hizo notar en solemne ocasión, y en presencia del Sumo Pontífice: “Forse non è esagerato dire che l'ignoranza degli ordinamenti non romani, non-pandettistici, è una delle più sentite limitazioni del Codice nostro di diritto canonico. Come in molti altri aspetti della vita odierna della Chiesa, si impone in quella del diritto latino, il passaggio ad una cultura più universale, senza perdere quanto è degno di essere conservato della nostra tradizione”⁶⁹.

Sobre este tema, hay algunos puntos sobre los cuales debemos basarnos: Hay una unidad sistemática fundamental que debe ser respetada.

“Systema Iuris canonici, unum pro tota Ecclesia esse debet in summis principiis, quoad institutiones fundamentales, quoad mediorum Ecclesiae propriorum ad finem suum obtinendum, descriptionem, sive denique quoad technicam legislativam, quae, omnia congruentius pro bono communi, generali modo proponuntur” (*Principia quae Codicis Iuris Canonici recognitionem dirigant*, n. 5).

Sin embargo, a lo menos en cuanto al derecho procesal y al derecho patrimonial, los mismos principios directivos prevén un amplio margen para una efectiva legislación subsidiaria.

Otro tanto habría que propiciar por lo que toca a la competencia de los órganos legislativos inferiores a la suprema autoridad de la Iglesia, como son los Concilios regionales, de diversa amplitud circunscriptiva, así como la función y potestad que habrá de ser atribuida a las Conferencias Episcopales y las concreciones a que darán lugar las normas constitucionales sobre la función del Obispo Diocesano en la Iglesia particular.

En nuestra América Latina tuvimos el ejemplo de una iniciativa subsidiaria y de su débil proyección ulterior: en 1899 el Sumo Pontífice León XIII convocó a un Concilio Plenario a todo el Episcopado de América Latina, siendo ésta una iniciativa absolutamente novedosa en la historia del continente y que había sido dignamente precedida por los Concilios Plenarios de Baltimore, en Norteamérica. La celebración de dicho Concilio fue, sin duda, un importante antecedente para la codificación del Código que habría de iniciarse al cabo de pocos años, pues varios de los canonistas romanos que tomaron parte en ella intervinieron activamente en el Concilio, celebrado en Roma. Con todo, pese al innegable interés que revestía la iniciativa, su influencia fue muy escasa en el continente americano, por no responder en general a las efectivas situaciones de la Iglesia en estas re-

69. *Commemorazione del cinquantesimo anniversario della promulgazione del Codex Iuris Canonici* (25.V.1967), *ibid.*, p. 38. Cfr. inter alia, R. A. G. O'BRIEN, *Common Law and Canon Law Reform: further considerations*, «Quis Custodiet?», Easter (1970), pp. 93-98.

giones: faltaron las necesarias adaptaciones y acaso un congruente período de experimentación; en la práctica venían a remediar la situación las facultades otorgadas por el mismo León XIII⁷⁰ y renovadas en adelante, con algunas variaciones, por sus sucesores, en forma de “Facultades Decenales”⁷¹.

b. El Derecho misional: sus características y su ámbito de aplicación.

Al considerar la situación concreta de la Iglesia en determinadas regiones, se tiene la impresión que, más que una implantación de la Iglesia, ha habido un trasplante de formas eclesíásticas estructurales. Las causas han sido variadas y no debemos enjuiciarlas.

Se nos excusará que, por nuestra proveniencia de esta América morena “que aún reza a Jesucristo y habla el español” (RUBEN DARIO), hagamos algunos alcances al respecto, que acaso sean compartidos por quienes proceden de otras latitudes.

Hay extensas regiones en el continente latinoamericano donde, a pesar de hallarse la jerarquía canónicamente establecida y no estar adscritas entre las “tierras de misiones”, encontramos inequívocamente que “adhuc inchoatum aliquid praesefertur” (c. 252, § 3): la escasez de recursos apostólicos, clero, religiosos de ambos sexos, laicado militante, ausencia de elementales auxilios de orden económico y, sobre todo, la descristianización progresiva de grandes masas y el éxodo de las generaciones jóvenes hacia ideologías revolucionarias que les aparecen más radicales y efectivas, hace pensar que acaso se justificarían en dichas regiones las ventajas de un “Ius missionarium” convenientemente revisado y acorde a estas nuevas situaciones.

Con motivo de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín (Colombia) en 1968 e inaugurada por el Papa Paulo VI en persona, uno de los Obispos relatores afirmaba estas graves expresiones:

“Debemos acabar con el mito de que América Latina es un continente católico. Si la Iglesia es “una comunidad de fe, esperanza y caridad”, ese concepto no se realiza en América Latina. Así lo atestiguarán: las injusticias sociales, los sincretismos religiosos, el ateísmo y la incredulidad manifiestas, el tradicionalismo no ilustrado en la recepción y

70. Litt. Apost. *Trans Oceanum* (18.IV.1897), A.S.S. 29 (1897), pp. 659-663.

71. Véase, por ejemplo, F. CEJUDO VEGA, *El Concilio Plenario de la América Latina. Estudio comparativo* (México 1961).

administración más mecánica que pastoral de los sacramentos, el individualismo en la religiosidad, el laicismo de las instituciones, la penuria vocacional, la insuficiencia de su clero para la atención pastoral, etc. Todas estas cosas son más bien síntomas de una Iglesia en fase de implantación que señales de una Iglesia joven y vigorosa”⁷².

Acaso algunos de los síntomas anotados pudieran ser reconocidos como existentes también en regiones de viejas cristiandades: así llegaríamos a la conclusión, prospectada por el Concilio, de que la acción misional debe ejercerse igualmente “in iis Ecclesiis, diu fundatis, quae in quodam statu regressionis vel debilitatis versantur”⁷³. Ello nos lleva a recordar las palabras de Paulo VI: la dimensión misionera, más que una connotación circunscricional, es una exigencia del Espíritu, y ello debe expresarse convenientemente en el ordenamiento jurídico de la Iglesia⁷⁴.

El Nuevo Mundo no estuvo presente en el Concilio de Trento, a través de sus primeros obispos, y así algunas situaciones que planteaba la evangelización de este inmenso continente fueron resueltas directamente por los Sumos Pontífices, v. gr., mediante las famosas Constituciones *Altitudo, Romani Pontifices y Populis*, y más adelante por la S. C. de la Propaganda Fide, que debía compatibilizar su actuación con el Regio Patronato Indiano de los monarcas españoles, ejercido en forma siempre más prevalente.

Dentro de la legislación tridentina, tuvieron indudable proyección los Concilios Provinciales de México y de Lima, celebrados a partir de la segunda mitad del siglo XVI, y los sínodos diocesanos que jalonan los siglos XVII y XVIII. Todo ello constituye otros tantos eslabones de la historia de la canonística en América Latina. Con todo, la inquietante problemática planteada hace más de diez años por un ilustre canonista y obispo peruano no parece haber perdido su planteamiento fundamental⁷⁵.

Si bien, el deseo de una mayor liberación en el orden jurídico a veces ha servido de pretexto para mentes aventureras, no cabe duda que una efectiva pluralidad compatible con la unidad del sistema canónico y un

72. Mons. SAMUEL RUIZ, Obispo de Chiapas (México), *La evangelización en América Latina*, «Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano», I, (s. d.), p. 147.

73. Decr. *Ad Gentes*, n. 19, § 4.

74. Cfr. nota 45.

75. Mons. JOSÉ DAMMERT BELLIDO, *¿Es aplicable la legislación canónica en América Latina?*, «Revista española de Derecho canónico», 17 (1962), pp. 513-523; cfr. etiam, del mismo autor, *Repercusiones pastorales de la concepción eclesiológica del Derecho Canónico*, «Iglesia y Derecho» (Salamanca 1965), pp. 365-378.

respeto a una sana y justa subsidiaridad legislativa, serían valiosos elementos para lograr una expresión autóctona del cristianismo, tal como lo encarecía Paulo VI a los episcopados de Asia y Africa en sus viajes apostólicos a dichos continentes.

El principio de adaptación, que es peculiar del “*Ius missionarium*”⁷⁶, viene a ser, al fin de cuentas, aquella “elasticidad” característica del ordenamiento canónico, que debe sensibilizarlo siempre para descubrir en la realidad concreta aquellas exigencias de justicia compatibles con la naturaleza y la misión de la Iglesia, que exijan una formalización jurídica.

Si bien esta realidad no puede ser condicionante exclusiva de la acción eclesial, y a ello nos hemos referido antes, no es menos cierto que “*rectitudo legis dicitur in ordine ad utilitatem communem, cui non semper proportionatur una aedemque res*”⁷⁷, y ya antes el mismo Doctor Angélico nos ha enseñado, siguiendo la tradición romana que “*finis humanae legis est utilitas hominum*”⁷⁸.

HERVADA ha hecho notar el carácter inspirador de la norma jurídica, como consecuencia de la libertad de su destinatario —el hombre—, lo que conlleva un orden social dinámico que tiende hacia los fines propios del hombre, es decir, un “*agere*”.

Por lo mismo la norma recoge la evolución histórica de la realidad social, la inspira y la dirige hacia sus fines: es ella misma medida por esos fines últimos y, además, por el estado actual de la realidad social.

La norma positiva fundamentada en la natural, al mismo tiempo que organiza la realidad social, es absorbida en ella, pasando a ser progresivamente normatividad sociológica: al provocar unos hábitos psicológicos y sociales, produce una transformación real en la sociología del grupo y, de algún modo, se asume en la naturaleza de las cosas.

“Al mismo tiempo, en la realidad social confluyen corrientes doctrinales, movimientos sociales, etc., que cuando son asumidos por el grupo social, crean un tipo concreto, una forma de ser, del grupo social. La tipología del grupo social, si bien no pertenece al Derecho natural *stricto sensu*, sí recibe de él, en cambio, alguna fuerza, en cuanto representa un cierto modo de ser, una *situación* de la naturaleza humana”.

“Así se desprende de la doctrina de Santo Tomás para quien la necesidad de que la norma positiva sea *secundum naturam, secundum consue-*

76. Cfr. L. BUIJS, *De adaptatione Iuris Canonici praesertim in Missionibus*, «*Studia Missionalia*», 9 (1953), pp. 241-268.

77. *S. Tb.*, I-II, q. 97, a. 1 ad 3.

78. *Ibid.*, q. 95, a. 3, c.

tudinem patriae loco temporique conveniens, se reduce a que sea *secundum humanam disciplinam*, habiendo dicho antes que la ley está de acuerdo con la disciplina *humana in quantum est proportionata legi naturae*⁷⁹.

“Cuando en un grupo social hay un peso de tradición, si bien toda tradición es algo sobreañadido a la naturaleza humana, en cuanto no forma parte *stricto sensu* de ella, sí supone en cambio un *situación* que es de algún modo natural. Por ello, toda norma jurídica que no se apoye en la tradición no es justa, porque le falta, de algún modo, el apoyo de las normas jurídicas naturales, el pilar de la misma realidad social”⁸⁰.

Una vez sentados estos antecedentes, HERVADA afirma que la tradición se halla ordenada por la evolución, que la dirige hacia su perfección.

Esta doble vertiente, tradición y evolución, es común también a las normas canónicas, con el agregado que el dinamismo evolutivo proviene de su principio vital mismo, que es el Espíritu de Dios: El es también el principio regulador del desenvolvimiento de la Iglesia hacia sus fines sobrenaturales, sin excluir el orden externo, jurídico.

El poder de jurisdicción —la jerarquía eclesiástica— ha de recoger este orden inherente en las nuevas realidades sobrenaturales suscitadas por el Espíritu e imprimirle la formalización canónica que, al darle vigencia histórica, haga de él una “lex iuridica”.

La raíz última de esta necesaria juridización no estriba en la autonomía jurídica de la sociedad Iglesia —completa e independiente— sino en el origen trinitario de la Iglesia y en la apropiación de las operaciones divinas que la teología atribuye a las divinas Personas en su actuar “ad extra”: la jerarquía eclesiástica, que detenta la jurisdicción, es órgano del señorío de Cristo resucitado “cui data est omnis potestas in coelo et in terra”, y a quien compete, como propio titular, el gobierno, también jurídico, de la realidad social de la Iglesia⁸¹.

Todo lo anterior se inserta en la necesaria comprensión del dinamismo misionero, como una nota peculiar del ordenamiento de la Iglesia.

c. Creatividad jurídica.

En el contexto que venimos considerando habría que incluir la necesaria creatividad jurídica, acorde con el Magisterio, el “sensus Ecclesiae”⁸²

79. I-II, q. 95, a. 3.

80. HERVADA, *Sugerencias*, art. cit., pp. 88-92.

81. HERVADA, art. cit., pp. 92-94.

82. Const. *Lumen Gentium*, n. 12.

de la comunidad de los fieles, las necesidades concretas y una adecuada técnica jurídica⁸³, que se traduzca, incluso, en nuevos institutos o figuras jurídicas o en la necesaria amplitud legislativa que permita configurar futuras formas de vida eclesial⁸⁴. En cuanto a lo primero, bastará recordar la nueva figura del Vicario Episcopal, sugerida por la necesaria coordinación pastoral a nivel de zonas, dentro de la misma Diócesis, y definitivamente sancionada por el Concilio en "Christus Dominus" y en la legislación posconciliar; igualmente, habría que mencionar el Sínodo Episcopal, institución nueva en la Iglesia Latina, cuyos frutos han sido alabados por el propio Pontífice con ocasión de los Sínodos celebrados en los últimos años: significativamente el Proemio de las Letras Apostólicas que lo instituían, hacía referencia a la solicitud apostólica "qua signa temporum attente perscrutantes via ac rationes sacri apostolatus increbrescentibus nostrorum dierum necessitatibus mutatisque societatis condicionibus aptare contendimus..."⁸⁵.

Con respecto a futuras formas de vida eclesial, ello aparece especialmente recomendable por lo que respecta a la vida asociativa de los fieles. Es bien sabido que los cánones que la regulaban, desde el principio se hicieron estrechos algunos e inaplicables otros. Al cabo de treinta años, período relativamente breve en la vida de las codificaciones, una legislación pontificia adicional regulaba e instituía jurídicamente los Institutos Seculares. En adelante, iba a ser posible una progresiva configuración canónica de grupos o asociaciones de fieles "quae factio potius quam iure existunt"⁸⁶, guiadas por la prudencia pastoral de los Obispos. Parece particularmente interesante que las nuevas formas que surgen como "Comunidades cristianas de base", estimuladas por la jerarquía, puedan desarrollarse en un contexto de plena comunión eclesial, a la vez que expandir sus virtualidades todavía embrionarias. Para ello, una vez más, se requiere un suficiente

83. Cfr. J. A. BRUNDAGE, *The creative Canonist: His Role in Church Reform*, «The Jurist», 3 (1971), pp. 301-318; L. ORSY, *Church Law and the Art of the Possible*, «América», 126/24, pp. 632 ss.

84. «La parquedad legislativa no puede ser tomada por el súbdito como un defecto del ordenamiento (sin negar por ello que existan lagunas que lo son), sino como una llamada a su libertad y a su responsabilidad. En muchos casos, la libertad —ordenada por la prudencia y por la justicia— dará lugar a una multiformidad de organización; lo cual, salvada la unidad en lo necesario y en lo conveniente, es un signo de riqueza de la personalidad humana y un signo de vitalidad de la Iglesia y de la sociedad civil», HERVADA, art. cit. p. 95.

85. Litt. Apost. *Apostolica Sollicitudo* (15.IX.1965), A.A.S. 57 (1965), pp. 775-780.

86. S. C. DE RELIGIOSIS, Inst. *Cum Sanctissimus* (19.III.1948), n. 5, A.A.S. 40 (1948), pp. 293-297.

marco de experimentación y de conveniente atención por parte de los Pastores⁸⁷.

Hay, finalmente, otra expresión del dinamismo canónico a la que desearía referirme brevemente: la gradualidad vinculante de la norma canónica, especialmente por razón de la edad de su destinatario, como un principio general del ordenamiento canónico.

La problemática de las generaciones jóvenes es un hecho que a nadie puede ocultársele. El Concilio último se ha referido a ellas con simpatía no exenta de preocupación: "Iure arbitrari possumus futuram humanitatis sortem in illorum manibus reponi, qui posteris generationibus vivendi et sperandi rationes tradere valent"⁸⁸. También la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano y el Sínodo Episcopal de 1974 han considerado atentamente el problema.

La gradualidad a que nos referimos debería poder traducirse en el derecho del menor de edad a un desarrollo espiritual adecuado a su capacidad, a fin de que pueda reconocer y ratificar, en forma libre y progresiva, su respuesta existencial al Bautismo recibido. Esto implica, correlativamente, deberes en los padres, educadores y en la entera comunidad cristiana.

Esta no es sino una derivación de postulados más generales; la norma canónica, en efecto, debe conservar el carácter profundamente personal de toda verdadera imperatividad jurídica, en cuanto respeta la personalidad del destinatario y lo impulsa a que, al obedecer, se enriquezca en la consecución de su perfección personal. El Concilio Vaticano II lo ha recordado a los presbíteros al referirse a su ministerio de pastores del Pueblo de Dios: "...ad sacerdotes, qua in fide educatores, pertinet curare sive per se sive per alios, ut singuli fideles ad suam propriam vocationem secundum Evangelium excolendam, ad sinceram operosamque caritatem, et ad libertatem, qua Christus nos liberavit, in Spiritu Sancto adducantur. Parum proderunt caeremoniae, etsi pulchrae, vel consociationes, etsi florentes, si non ordinantur ad educandos homines ad maturitatem christianam consequendam"⁸⁹.

87. Sobre Comunidades cristianas de base, cfr. *II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (Medellín 1968)*, Documento n. 15: Pastoral de conjunto, III; PAULO VI ha expresado sus esperanzas y puesto en guardia ante posibles desviaciones en estas nuevas formas: cfr. *Alocución a los Obispos de Italia* (19.VI.1971), «L'Osservatore Romano», 20 giug. 1971; *A la XXI Semana italiana de actualización pastoral* (9.IX.1971), «L'Osservatore Romano», 10 set. 1971; *A la audiencia general del 28 de noviembre de 1973*, «L'Osservatore Romano», 29 nov. 1973. Es sabido también que el Sínodo Episcopal de 1974 les dedicó particular atención.

88. Const. *Gaudium et Spes*, n. 31, § 3.

89. Decr. *Presbyterorum Ordinis*, n. 6, § 2.

Por su parte, el Doctor Angélico nos ha enseñado, según vimos, que la ley debe ser “iusta, possibilis secundum naturam, secundum consuetudinem patriae loco temporique conveniens (...) additur ad hoc quod conveniat disciplinae (...) Debet esse disciplinae conveniens unicuique secundum suam possibilitatem; observata etiam possibilitate naturae (non enim eadem sunt imponenda pueris, quae imponuntur viris perfectis)”⁹⁰.

Debemos saludar con agrado la acentuación de esta gradualidad en la disciplina penitencial⁹¹, que se añade a la existente ya en el derecho penal y a la esparcida en diversos lugares del Código, y reflexionar al mismo tiempo su posible ampliación a otros ámbitos del ordenamiento canónico⁹².

Recordamos a este respecto que, en la Asamblea General de la O.N.U. del 20 de noviembre de 1959, se promulgaba la Declaración sobre los Derechos del Niño, ampliación de cuanto se hallaba germinalmente contenido en la Declaración Universal de los Derechos Humanos (cfr. art. 25, 2; art. 26). La Santa Sede, por su parte, ha prestado particular atención a Organismos internacionales y a encuentros a nivel universal o regional sobre esta importante materia.

A los Derechos del Niño seguirá probablemente una perspectiva en creciente lucidez acerca del hombre y su comportamiento en las etapas fundamentales de la vida, y a ello nos referiremos luego. En fin, no habría que dejar de mencionar que ya comienza a señalarse la importancia de unos “Derechos del Anciano”⁹³.

Hay una nueva razón que nos lleva a plantear esta gradualidad vinculante, “ratione praesertim aetatis”, como un principio general del dinamismo canónico.

La Constitución sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo nos ha enseñado la constante y misteriosa compenetración existente entre la ciudad

90. I-II, q. 95, a. 3 c.; cfr. etiam q. 96, a. 2 c.

91. Cfr. Const. *Poenitemini* (17.II.1966), A.A.S. 58 (1966), pp. 177-185.

92. Sobre el tema es particularmente enriquecedora la tesis presentada a la Universidad Gregoriana por Mons. RENÉ SÈJOURNÉ, *L'option religieuse des mineurs et l'autorité parentale*, (París 1972). Entre los signos alentadores de esta nueva conciencia de la Iglesia, anotamos el Directorio para las Misas a los Niños, publicado por la S. Congregación del Culto Divino (1.IX.1973). En el Sínodo Episcopal de 1974, cfr. inter alia, *Lineamenta de evangelizatione mundi huius temporis* (Documento de trabajo), 1.ª parte, n. 9; *Declaración de los Padres del Sínodo: In Spiritu Sancto*, «L'Osservatore Romano», 27 oct .1974, p. 6; intervención de Mons. TRINH VAN CAN, arzobispo Coadjutor de Hanoi, «La Documentación Catholique», 1664 (1974), pp. 978, etc.

93. La República Argentina presentó un proyecto al respecto, ante la 3.ª Comisión de la Asamblea de las Naciones Unidas en 1948. Cfr. C. R. 3.ª Commission. p. 791. *Projet A/C. 3/213/Rev. 1.*

terrena y la ciudad de la eternidad, y cómo la Iglesia se enriquece con la evolución de la vida social, por cuanto ella misma dispone de una estructura social visible. Dicho enriquecimiento ha de ayudarla a profundizar en su propia constitución, a expresarla con mayor perfección y a adaptar con acierto la organización del orden eclesial⁹⁴.

También el Derecho Canónico, fiel a su tradición, a su identidad y a su unidad como sistema, puede enriquecerse con los avances de la ciencia jurídica, y profundizar más, en su propio ámbito, en la naturaleza del hombre y su dimensión comunitaria para la obtención del fin sobrenatural⁹⁵. En este contexto acaso sea posible descubrir alguna incidencia indirecta entre la proclamación de los Derechos Humanos a nivel internacional y el reencontro de la doctrina tradicional acerca de la Iglesia como Pueblo de Dios, de la condición constitucional de este Pueblo en la “*dignitatem libertatemque filiorum Dei*”⁹⁶ y en la incorporación de un Estatuto jurídico Fundamental de los fieles cristianos en los sucesivos esquemas de la “*Lex Fundamentalis*”. Hablamos sólo de una incidencia indirecta que en ningún caso permitiría ver en dicho Estatuto una versión eclesiástica de los Derechos Humanos de la O.N.U. Consta, en todo caso, que algunas peticiones de Obispos que solicitaban en sus *Postulata* una determinación del futuro Concilio Vaticano II sobre estas materias, cuidaron de tomar como referencia la citada Declaración de la O.N.U.⁹⁷.

La formulación de los Derechos Humanos en el ámbito de la comunidad política viene a coronar una larga confrontación de siglos, en las relaciones del individuo y de la sociedad que, ciertamente, no tiene equivalencia en la vida eclesial ni en su ordenamiento jurídico, dado que éste tiene directamente como finalidad la instauración de un orden eclesial justo y, mediante él, facilitar la obtención de la “*salus animarum*”.

Los Derechos del Hombre en la comunidad política plantean actualmente la perspectiva de una situación que, superando la tradicional contraposición entre el hombre y el Estado, instaura la necesaria colaboración entre ambos y empieza a prospectar una consideración más amplia del comportamiento humano, al menos en sus etapas y aspectos más fundamentales.

94. Cfr. Const. *Gaudium et Spes*, nn. 40 y 44.

95. *Ibid.*, n. 41.

96. Const. *Lumen Gentium*, n. 9.

97. Cfr. *Acta et Documenta Concilio Oecumenico Vaticano II apparando*, Series I, vol. II, Pars I (Roma 1960), pp. 103, 110, 113; *Postulata de los Obispos de Bruges, Malinas-Bruxelles (Cardenal van Roey) y Namur*.

Se ha hablado así de la universalización de la conciencia mundial la cual, sin embargo, no puede bastarse a sí misma con un “ideal común” o “concepción común” (Preámbulo a la Declaración Universal de los Derechos Humanos, considerando VII). Es menester una educación de las conciencias, basándose en lo que el futuro Papa Juan XXIII llamaba “el patrimonio primordial” de todos los pueblos⁹⁸.

La Iglesia puede servir al mundo que se universaliza al encuentro de la Buena Nueva que debe hacer discípulos de todos los pueblos. En el Evangelio confiado a la Iglesia, el hombre halla el verdadero y permanente fundamento de su dignidad y libertad como persona.

Y aquí, finalmente, como conclusión de unas largas premisas que quisieran abarcar cuanto venimos exponiendo, aparece la ministerialidad del ordenamiento canónico: a través de un servicio siempre más perfeccionado a los fines trascendentes de la persona humana al interior de la Iglesia, ha de transparentar en su conceptualización y técnicas jurídicas la ley evangélica de la caridad y mostrar a la Iglesia de Cristo cuya vida societaria organiza jurídicamente, como “aquel segurísimo germen de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano”⁹⁹.

98. *Discurso del Nuncio Apostólico en Francia, Mons. Roncalli, ante la UNESCO* (19.VI.1951), «L'Osservatore Romano», 29 giug. 1951.

99. Const. *Lumen Gentium*, n. 9; cfr. etiam, Const. *Gaudium et Spes*, nn. 40-41.